

Aportes para una estrategia de reducción de la pobreza en Costa Rica¹

Pablo Sauma

Profesor de Economía de la Universidad de Costa Rica
y Consultor Internacional

Introducción

Con el fin de contribuir a la definición de una estrategia para la reducción de la pobreza a nivel centroamericano, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), mediante el Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada de Brasil (IPEA), ha elaborado estudios para cada uno de los países y para la región en su conjunto, en los que se identifican los principales determinantes de la pobreza y se plantean elementos clave para una estrategia de ese tipo.

En el presente artículo se incluye el estudio para Costa Rica, y en términos generales es similar a los demás estudios de país, aunque muestra particularidades en el tratamiento de algunos temas. El mismo inicia con un análisis de la evolución de la magnitud de la pobreza y de la situación en materia distributiva para el período 1990-1999, para posteriormente identificar los principales determinantes de la pobreza y la distribución, así como la forma en que diferentes variables afectan la reducción de la pobreza, de cara a definir prioridades de acción.

La principal fuente de información utilizada la constituyen las Encuestas de Hogares de Propósitos Múltiples, que realiza cada año el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC), con cobertura nacional.

La pobreza se conceptualiza a lo largo del estudio como una situación de ingresos insuficientes, ya sea respecto a una línea de pobreza (pobreza absoluta), o respecto a los ingresos de otros hogares (pobreza relativa).

Dada la fuerte vinculación entre el mercado de trabajo y la situación de pobreza y desigualdad, y

entre ese mercado y la situación económica en general, se realiza a continuación, a modo de marco general de referencia, una breve descripción de la evolución económica durante el período de estudio.

A lo largo de la década de los años noventa se consolidan en Costa Rica algunos elementos de un nuevo estilo de desarrollo impulsado desde mediados de la década de previa, luego de una fuerte crisis económica, caracterizado por una mayor liberalización de la balanza de pagos, especialmente en la parte comercial, con un fuerte apoyo a las exportaciones no tradicionales; por una reforma del sistema financiero; y por intentos de reforma del Estado. Sobre la implementación de ese nuevo estilo de desarrollo, como señalan Sauma y Vargas (2000), vale destacar que *“Costa Rica no ha implementado las reformas de un solo golpe (‘shock’), ni tampoco las ha aplicado en su formulación más ortodoxa, sino que ha optado por discutir las con amplia participación social hasta lograr consensos, introduciéndole modificaciones a las propuestas más ortodoxas y aplicándolas gradualmente para reducir su costo social, en lo que algunos han llamado el heterodoxo modelo ‘a la tica’*. Seguidamente señalan que *“el proceso de reforma no está concluido, pues hay muchos asuntos aún en discusión (por definir) o en proceso de implementación”*.

En términos de la dinámica macroeconómica, las principales variables muestran valores satisfactorios como promedio para la década, pero con fuertes fluctuaciones cuando se consideran los años independientemente (los años 1991 y 1996 muestran características recesivas), resultado del recurrente problema fiscal (que se agrava acorde al ciclo político-electoral), y por aspectos exógenos a la economía nacional, principalmente las variaciones en

¹ Elaborado para el Proyecto “Determinantes de la pobreza y la desigualdad en Centroamérica”, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en coordinación con el Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada de Brasil (IPEA). El autor desea agradecer los valiosos comentarios realizados por Enrique Ganuza, Manuel Barahona y Juan Diego Trejos a la versión previa del presente trabajo.

los precios internacionales de los más importantes productos de exportación (café y banano) e importación (combustibles). En términos generales, como promedio para la década, la tasa de crecimiento del PIB total fue superior al 4% anual, con un fuerte crecimiento del empleo y con tasas de desempleo abierto relativamente bajas (a pesar del aumento en la participación en el mercado de trabajo), así como también aumentos en los salarios reales. Los sectores económicos más dinámicos fueron los relacionados con el comercio internacional: el agropecuario y el industrial ambos principalmente en lo referente a exportaciones no tradicionales, el comercio en general, y los servicios relacionados con el turismo, el transporte, el almacenamiento y el bodegaje.

También el sector financiero mostró un importante dinamismo.

1. Evolución de la pobreza y la desigualdad en la década de los noventa

Considerando la pobreza como una situación de insuficiencia de ingresos, cuando se utilizan las líneas nacionales de pobreza (ver Anexo 1), entre 1990 y 1999 se dio una fuerte reducción en la incidencia de la pobreza (cuadro 1), pues pasó de afectar a un 27,1% de los hogares en 1990 (30,7% de la población), a un 20,6% en 1999 (23,7% de la población).

Cuadro 1
Costa Rica: evolución de la incidencia de la pobreza a nivel nacional, 1990-1999.
-hogares y población bajo las líneas de pobreza*-

	cifras absolutas (miles)*				como % del total*			
	pobreza total**		pobreza extrema		pobreza total**		pobreza extrema	
	hogares	Personas	hogares	personas	hogares	personas	hogares	personas
1990	132,0	651,3	44,6	209,4	27,1	30,7	9,1	9,9
1991	157,8	761,8	57,8	267,0	31,9	35,4	11,7	12,4
1992	160,3	780,4	50,9	237,5	29,4	33,1	9,3	10,1
1993	124,6	602,3	37,1	176,0	23,2	26,4	6,9	7,7
1994	120,1	580,5	35,0	171,3	20,0	22,9	5,8	6,8
1995	127,9	612,6	39,1	194,6	20,4	23,5	6,2	7,5
1996	141,2	664,3	45,1	206,3	21,5	24,6	6,9	7,6
1997	138,9	654,1	38,0	181,5	20,7	23,9	5,7	6,6
1998	138,0	619,2	36,9	164,8	19,7	22,1	5,3	5,9
1999	147,4	686,5	47,8	217,5	20,6	23,7	6,7	7,5

* Excluyendo hogares y personas en hogares con ingreso cero o ignorado. En el Anexo 1 se incluyen las líneas de pobreza.

** La pobreza total incluye la pobreza extrema o indigencia.

Fuente: Encuestas de Hogares 1990-1999.

Una importante reducción se dio también en la incidencia de la pobreza extrema o indigencia, pasando de afectar a un 9,1% de los hogares en 1990 (9,9% de las personas), a un 6,7% en 1999 (7,5% de las personas), alcanzándose un mínimo en 1998: 5,3% de los hogares (5,9% de las personas).

Dos aspectos son especialmente importantes sobre esa evolución. En primer lugar, que luego del aumento de la incidencia de la pobreza en 1991 respecto al año anterior y la fuerte reducción entre 1991 y 1994, a partir de ese último año se produce un estancamiento en niveles cercanos al 20% de los hogares (23% de las personas).^{2/}

En segundo lugar, que a pesar de la reducción de la

incidencia de la pobreza en los primeros años de la década, como resultado del crecimiento poblacional y del estancamiento del nivel de pobreza en los últimos años, el número absoluto de hogares y personas pobres en 1999 fue superior al de 1990: mientras que en 1990 al menos 651.000 personas se encontraban en situación de pobreza, en 1999 lo estaban al menos 686.000. Una situación similar se presenta con los pobres extremos, cuyo número aumenta en más de 8.000 personas cuando se comparan esos mismos años.

La reducción en la incidencia de la pobreza ha sido acompañada además de reducciones en la intensidad o brecha de pobreza y en su severidad, como lo reflejan las cifras del cuadro 2.

^{2/} Al momento de elaboración del presente se dieron a conocer los resultados preliminares sobre incidencia de la pobreza en el año 2000, que en el caso de los hogares fue de 21,1% (pobreza total, 6,4% pobreza extrema), manteniéndose el estancamiento.

Cuadro 2
Costa Rica: Incidencia, intensidad y severidad
de la pobreza en los hogares a nivel nacional, 1990-1999.
-cifras relativas-

	incidencia	intensidad	Severidad
1990	27,1	10,7	6,0
1991	31,9	13,0	7,3
1992	29,4	11,4	6,3
1993	23,2	8,7	4,7
1994	20,0	7,4	3,9
1995	20,4	7,5	4,0
1996	21,5	8,4	4,6
1997	20,7	7,4	3,8
1998	19,7	6,8	3,5
1999	20,6	8,0	4,3

Fuente: Encuestas de Hogares 1990-1999.

Además de la reducción de 6,5 puntos porcentuales en la incidencia de la pobreza en 1999 respecto a 1990, la intensidad o brecha de pobreza, que muestra que tan alejados se encuentran los ingresos de los pobres respecto a la línea de pobreza, también se ha reducido, mostrando que los pobres en 1999 eran "menos pobres" que los de 1990. Por su parte, la severidad de la pobreza, muestra también una reducción en 1999 respecto a 1990, la cual debe entenderse como una reducción en las diferencias entre los pobres.

Cuando se consideran todos los años, y no sólo los extremos, cada una de las dimensiones de la pobreza (incidencia, intensidad y severidad) muestran tendencia hacia la reducción.

En lo que se refiere a la desigualdad en la distribución del ingreso familiar, como lo reflejan los indicadores contenidos en el cuadro 3, la década de los años noventa se caracteriza por una tendencia al aumento en la desigualdad, especialmente en los últimos años, aunque los cambios no son de gran magnitud.

Cuando se utiliza como indicador de desigualdad el coeficiente de Gini, muestra valores superiores o iguales a 0,374 e inferiores o iguales a 0,400, valor este último que se alcanza en 1999. Por su parte, los

ingresos promedio del 10% de las familias relativamente más ricas según su ingreso per cápita han sido entre 15,5 y 19,9 veces superiores a los del 10% más pobre, mientras que los del quintil más rico de familias han sido entre 7,8 y 9,1 veces superiores a los del quintil más pobre. En ambos casos, deciles y quintiles, la desigualdad en 1999 ha sido una de las dos más altas de la década.

Cuadro 3
Costa Rica: medidas de desigualdad de la distribución
del ingreso familiar. 1990-1999.

	relación ingreso promedio hogares: ^{1/}		Coeficiente de Gini ^{1/4/}
	X/I decil ^{2/}	V/I quintil ^{3/}	
1990	17,4	8,2	0,374
1991	19,9	9,1	0,391
1992	17,0	8,1	0,378
1993	16,4	7,8	0,378
1994	17,0	8,5	0,387
1995	16,1	7,9	0,377
1996	18,6	8,8	0,393
1997	15,5	8,0	0,380
1998	16,5	8,5	0,389
1999	19,5	9,1	0,400

1/ Los hogares fueron ordenados según su ingreso per cápita. Excluyendo los hogares con ingreso cero o ignorado.

2/ Relación entre el ingreso promedio de los hogares del décimo y del primer decil.

3/ Relación entre el ingreso promedio de los hogares del quinto y del primer quintil.

4/ Coeficiente de Gini de la distribución del ingreso familiar, calculado por deciles.

Fuente: Encuestas de Hogares 1990-1999.

Tres estudios recientes llegan a conclusiones similares, o sea, que durante la última década y media no se han producido cambios significativos en la distribución del ingreso en Costa Rica, sino solamente pequeñas variaciones, que, contradictoriamente, reflejan leves aumentos o disminuciones en la concentración. Trejos (1999), utilizando principalmente datos para 1987-1997 y diversas mediciones de desigualdad señala: "no se presenta un proceso generalizado de concentración del ingreso y más aún dentro de un panorama de relativa estabilidad en la distribución de los ingresos,

predominan los resultados que sugieren incluso reducciones en la desigualdad". Por su parte, en el estudio más reciente de la CEPAL sobre las brechas de equidad en América Latina y el Caribe (CEPAL, 2000), utilizando datos de 1986, 1990 y 1997, se identifica un ligero aumento en la concentración. Finalmente, Sauma y Vargas (2000), utilizando una serie para 1987-1998, determinaron que *"no hay evidencias contundentes sobre cambios en la concentración a lo largo del período. Sin embargo, cuando se diferencia por subperíodos, mientras que en 1987-1991 la tendencia fue hacia la reducción en la desigualdad, entre 1992 y 1998... la tendencia fue concentradora"*.

Sobre este último particular, cuando se comparan 1990 y 1999, el aumento en la concentración de la distribución del ingreso según el coeficiente de Gini es inferior a tres centésimas (pasa de 0,374 a 0,400), de manera que no se trata de un cambio muy fuerte, pero que se da de manera sostenida en el período, como se refleja en el gráfico 1. En ese gráfico se consideran cada uno de los años entre 1990 y 1999, pero excluyendo 1991 y 1996 que corresponden a años en que la recesión económica provocó fuertes aumentos en la desigualdad (cuadro 3). La tendencia al aumento en la desigualdad es especialmente marcada en los últimos años (1997-1999).

Entre 1990 y 1999, en términos reales, el ingreso familiar aumentó en un 22% como promedio por familia, y en un 31,5% como promedio per cápita.^{3/} En el caso del ingreso promedio por familia, si bien es cierto todos los estratos aumentaron su ingreso (cuadro 4),^{4/} el aumento fue mayor para los grupos de mayores ingresos, con el consecuente aumento en la desigualdad.

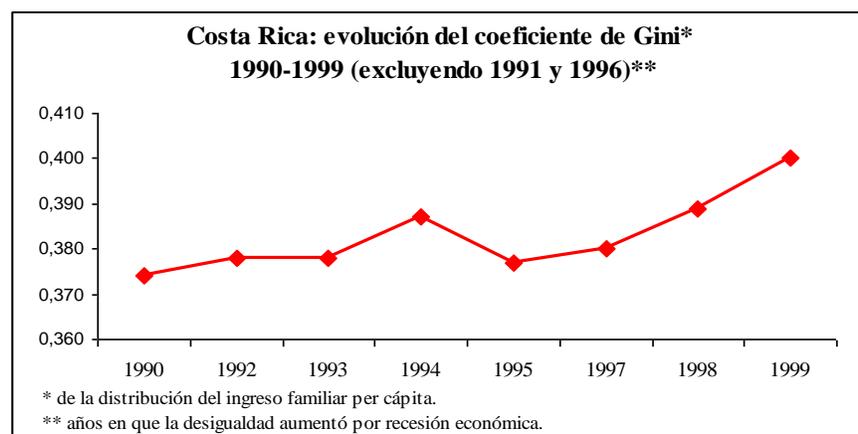
Llama la atención también el fuerte aumento en los ingresos de los hogares más pobres en términos relativos, que explica la reducción en la pobreza absoluta.^{5/} Los grupos de ingresos medios tuvieron un aumento menor.

^{3/} La diferencia en el aumento per cápita respecto al promedio familiar se explica por la reducción en el tamaño promedio familiar, que pasó de 4,36 miembros en 1990, a 4,05 en 1999.

^{4/} Lógicamente los hogares en cada estrato en cada uno de los años son diferentes, por lo que las comparaciones por estrato no son estrictas, no obstante se trata de aproximar las tendencias distributivas.

^{5/} Como los hogares están ordenados según su ingreso per cápita, hay coincidencia entre los hogares pobres en términos absolutos y los relativamente más pobres.

Gráfico 1



Cuadro 4

**Costa Rica: variación en el ingreso familiar promedio y en la participación en ingreso total
por estratos de ingreso familiar per cápita. 1990-1999.
-cifras absolutas y relativas-**

% de hogares ^{1/}	ingreso familiar promedio (colones de julio de 1999)			participación en el ingreso familiar total (%)		
	1990	1999	% variación	1990	1999	diferencia (puntos)
total	132.651,4	161.794,1	22,0	100,0	100,0	
10% más pobre	20.737,1	25.041,4	20,8	1,5	1,5	...
I quintil	34.894,5	41.438,5	18,8	5,3	5,1	-0,2
II quintil	75.170,6	85.717,1	14,0	11,5	10,6	-0,9
III quintil	107.788,0	122.837,6	14,0	16,0	15,2	-0,8
IV quintil	158.226,4	180.594,8	14,1	23,9	22,3	-1,6
V quintil	287.631,0	378.416,2	31,6	43,4	46,8	3,4
10% más rico	360.011,9	488.607,0	35,7	27,2	30,0	2,8

1/ Ordenados según su ingreso familiar per cápita. Excluyendo los hogares con ingreso cero o ignorado.

Fuente: Encuestas de Hogares 1990 y 1999.

En términos de la participación dentro del ingreso familiar total, tanto el quintil como el decil de las familias relativamente más ricas según su ingreso per cápita aumentaron significativamente su participación (en alrededor de 3 puntos porcentuales), mientras que todos los demás grupos de ingreso la redujeron (cuadro 4). En 1999, el 10% de las familias relativamente más ricas según su ingreso per cápita se apropiaban de un 30% del ingreso total, y el 20% de las mismas de un 46,8%; por el contrario, el 10% de las familias relativamente más pobres apenas se apropiaban de un 1,5%, y el 20% de las mismas de un 5,1%.

2. Los perfiles de la pobreza

La pobreza es un fenómeno complejo, multifacético y heterogéneo, motivo por el cual la formulación de una estrategia para su reducción requiere necesariamente conocer las principales características de los pobres. Para ello, en esta sección se analizan perfiles de pobreza para 1990 y 1999.^{6/}

La primera característica de la pobreza en Costa Rica es su mayor incidencia en zona rural que en zona urbana. En 1999 se encontraban en situación de pobreza un 26,3% de las personas residentes en zona rural (un 23,5% de los hogares), respecto a un 20,6% de las urbanas (17,3% de los hogares). Además de la mayor incidencia de la pobreza en esa zona, también residen en ella la mayoría de los pobres: tres de cada cinco personas u hogares (cuadro 5). En el caso de la pobreza extrema, la incidencia es bastante mayor en la zona rural respecto a la urbana. No obstante, resulta importante destacar que entre 1990 y 1999 la reducción de la incidencia de este tipo de pobreza fue mayor en zona rural, de manera que la proporción de hogares rurales en pobreza extrema respecto a los urbanos se redujo de 2,6 en 1990, a 2,2 en 1999 (de 3 a 2,4 en el caso de las personas).

Considerando las seis regiones en que está dividido el país, la incidencia de la pobreza es mayor en las regiones Chorotega y Brunca (en 1999 al menos una de cada tres personas u hogares en ella se encontraba en situación de pobreza), seguidas de la Pacífico Central, la Huetar Norte y la Huetar Atlántica. Finalmente, la incidencia es menor en la región Central. Sin embargo, por las diferencias en la distribución de la población entre regiones, resulta que prácticamente la mitad de los pobres residen en esta última región (cuadro 6).

^{6/}Vale reiterar la consistencia entre las características de los pobres aquí considerados según el método de las líneas de pobreza, con las de los pobres en un sentido relativo, cuando se utiliza el ingreso per cápita como criterio de desigualdad en la distribución del ingreso.

Cuadro 5
Costa Rica: pobreza por zonas. 1990 y 1999.
-cifras relativas-

	pobreza total*				pobreza extrema			
	personas		hogares		Personas		hogares	
	1990	1999	1990	1999	1990	1999	1990	1999
Incidencia**	30,7	23,7	27,1	20,6	9,9	7,5	9,1	6,7
Urbana	27,1	20,6	23,6	17,3	5,4	4,9	5,4	4,5
Rural	33,5	26,3	30,1	23,5	13,4	9,6	12,4	8,5
Distribución %***	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Urbana	39,1	39,2	40,4	38,7	24,1	29,6	27,4	31,4
Rural	60,9	60,8	59,6	61,3	75,9	70,4	72,6	68,6

* Incluye la pobreza extrema.

** Porcentaje de hogares y población bajo las líneas de pobreza. Excluyendo hogares y personas en hogares con ingreso cero o ignorado. El total corresponde a la incidencia a nivel nacional.

*** Distribución porcentual de la población y los hogares pobres.

Fuente: Encuestas de Hogares 1990 y 1999.

Cuadro 6
Costa Rica: pobreza por regiones. 1990 y 1999.
-cifras relativas-

	pobreza total*				pobreza extrema			
	personas		hogares		Personas		hogares	
	1990	1999	1990	1999	1990	1999	1990	1999
Incidencia**	30,7	23,7	27,1	20,6	9,9	7,5	9,1	6,7
Central	24,5	17,8	22,0	15,6	5,4	4,6	5,7	4,4
Chorotega	50,4	40,7	45,4	35,5	26,7	16,2	22,7	13,2
Pacífico Central	39,4	33,3	33,7	28,7	14,1	10,1	12,9	8,2
Brunca	49,7	38,2	45,0	34,1	24,1	17,1	20,9	14,8
Huetar Atlántica	25,7	25,2	21,7	21,5	7,2	7,4	6,8	6,9
Huetar Norte	43,0	20,4	38,8	26,3	14,3	9,2	14,0	8,5
Distribución %***	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Central	51,3	46,7	52,7	47,2	34,9	38,2	40,3	41,1
Chorotega	12,7	12,0	12,1	12,0	20,8	15,1	17,9	13,7
Pacífico Central	7,7	7,3	7,7	7,5	8,6	7,0	8,7	6,5
Brunca	15,8	16,5	15,4	16,4	23,8	23,2	21,1	21,9
Huetar Atlántica	7,3	10,5	7,3	10,4	6,4	9,8	6,7	10,2
Huetar Norte	5,2	7,0	4,9	6,6	5,4	6,7	5,3	6,6

* Incluye la pobreza extrema.

** Porcentaje de hogares y población bajo las líneas de pobreza. Excluyendo hogares y personas en hogares con ingreso cero o ignorado. El total corresponde a la incidencia a nivel nacional.

*** Distribución porcentual de la población y los hogares pobres.

Fuente: Encuestas de Hogares 1990 y 1999.

Estilizando la distribución espacial de la pobreza, de cada diez personas u hogares pobres durante la década de los años noventa, cinco residían en la región Central, dos en la Chorotega y la Huetar Norte en conjunto, otros dos en la Pacífico Central y la Brunca en conjunto, y uno en la Huetar Atlántica.

La distribución espacial de los pobres extremos es similar a la de los pobres totales, con un mayor porcentaje de ellos en la región Central, aunque comparativa-mente su concentración es menor en la región Central y mayor en la Brunca.

Con excepción de la Huetar Atlántica, se reduce la incidencia de la pobreza en las regiones en 1999 respecto a 1990.

En el cuadro 7 se presentan las principales características de los pobres en cada uno de los años de estudio, las cuales se comparan con las de los no pobres. En primer lugar, se confirma la mayor incidencia de la pobreza en zona rural, mientras que la distribución de los hogares no pobres prácticamente no difiere entre zonas, y tampoco muestra cambios importantes en la década.

En los hogares pobres, y especialmente en los indigentes, la jefatura femenina es más frecuente que en los no pobres. En todo el territorio nacional, en 1999 uno de cada tres hogares pobres tenía como jefe a una mujer, respecto a un 20,5% de los no pobres. Esta situación es más marcada en zona urbana, donde la tasa de jefatura femenina ascendió ese mismo año a 43,3% entre los hogares pobres. La comparación

temporal muestra que el porcentaje de mujeres con jefatura de hogar aumenta significativamente entre 1990 y 1999, situación que se da tanto a nivel de hogares pobres como no pobres, y que definitivamente está asociada con los cambios en las relaciones familiares que se vienen dando en el país, especialmente después de la crisis económica de inicio de los años ochenta.

Los hogares pobres son más numerosos que los no pobres, y los jefados por mujeres son menos numerosos que los jefados por hombres, resultado este último que se ve afectado porque en muchos de los casos las mujeres no tienen una pareja permanente, que se traduce en un miembro menos del hogar. En ambos casos, hogares pobres y no pobres, el tamaño promedio ha disminuido en el tiempo.

Tanto la población pobre como la no pobre está conformada por mitad hombres y mitad mujeres. No obstante, en el caso de los hogares pobres se presenta un porcentaje ligeramente mayor de mujeres en 1999, resultado influenciado por el aumento en la jefatura femenina en esos hogares.

Los jefes de los hogares pobres tienen en promedio edades superiores a los cuarenta años, y no difieren mucho de las de los hogares no pobres, aunque sí es importante la diferencia de los hogares en situación de pobreza extrema, con jefes mucho mayores. Sobresale el hecho de que las mujeres jefas de hogar son, en promedio, mayores que los hombres, situación que se da tanto en el caso de los pobres como los no pobres.

Cuadro 7
Costa Rica: principales características de los hogares y de sus miembros según condición de pobreza. 1990 y 1999.
-cifras absolutas y relativas-

Características	1990				1999			
	todos	pobres indig.	todos	no pobre	Todos	pobres indig.	todos	no pobre
Hogares/todos los miembros								
Relación rural/urbano								
hogares	1,2	2,6	1,5	1,1	1,1	2,2	1,6	1,1
personas	1,3	3,0	1,6	1,1	1,2	2,4	1,6	1,1
Tamaño promedio hogar (miemb.)	4,4	4,7	4,9	4,1	4,1	4,6	4,7	3,9
jefeados por hombre	4,6	5,1	5,2	4,2	4,2	4,8	4,9	4,0
jefeados por mujer	3,8	3,5	3,9	3,6	3,6	4,2	4,1	3,3
Número miembros del hogar (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1 a 2	16,4	23,5	14,9	17,7	20,5	19,8	17,9	21,8
3 a 5	59,5	41,4	50,5	63,7	60,7	48,4	51,3	62,9
6 o más	24,1	35,1	34,6	18,6	18,8	31,8	30,8	15,3
Sexo de los miembros (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Hombres	49,8	49,1	48,4	49,9	49,5	45,3	46,9	50,4
Mujeres	50,2	50,9	51,6	50,1	50,5	54,7	53,1	49,6
Edad promedio miembros (años)	25,9	25,8	23,4	25,9	27,2	24,3	24,2	27,5
Edad de los miembros (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
0 a 2	6,7	7,7	8,4	6,5	5,7	8,7	7,7	5,6
3 a 6	10,2	13,3	13,8	9,5	8,7	12,5	12,4	8,0
7 a 12	14,1	18,5	18,3	13,0	14,0	21,0	19,7	12,8
13 a 18	12,3	12,5	12,9	12,2	12,8	13,4	13,4	12,6
19 a 25	13,3	8,0	9,0	14,6	12,1	6,5	7,6	13,1
26 a 35	16,0	13,1	14,4	16,8	15,2	11,5	12,9	15,8
36 a 60	20,7	15,2	15,7	21,8	24,3	17,2	18,3	25,3
más de 60	6,8	11,9	7,6	5,8	7,3	9,3	8,0	6,8
Educación promedio (años) ^{1/}	6,7	4,3	5,0	7,3	7,3	4,4	5,1	7,6
Relación económica ^{2/} dependencia	1,6	3,1	2,8	1,4	1,5	3,6	2,8	1,3

continúa

1/ De los miembros de 15 años y más.

2/ Se refiere a la relación entre el número de miembros dependientes respecto a los activos. El cálculo corresponde a la relación poblacional y no al promedio por hogar.

continuación cuadro 7

Características	1990				1999			
	todos	pobres indig.	todos	no pobre	Todos	pobres indig.	todos	no pobre
Jefes de hogar								
% de jefes mujeres	18,0	25,7	20,4	17,2	23,0	39,2	33,0	20,5
hogares urbanos	22,7	38,6	27,0	21,6	27,9	58,5	43,3	24,9
hogares rurales	14,0	20,9	16,0	13,2	18,6	30,3	26,4	16,3
Edad promedio (años)	45,1	51,9	46,3	43,3	45,5	49,1	47,4	44,4
jefe hombre	43,7	50,2	44,7	42,0	44,4	49,3	46,3	43,3
jefe mujer	51,3	56,7	52,6	49,4	49,3	48,7	49,6	48,8
Educación promedio (años)	6,3	3,4	4,4	7,1	6,9	4,0	4,6	7,5
jefes hombres	6,4	3,5	4,5	7,2	7,1	4,0	4,8	7,5
jefes mujeres	5,5	3,2	3,7	6,5	6,5	4,1	4,2	7,3
Condición de actividad (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
activos	79,9	59,1	72,9	83,1	80,2	57,3	66,4	84,1
ocupados	78,2	56,4	71,2	82,3	78,5	53,4	63,7	83,2
desocupados	1,7	2,7	1,7	0,7	1,7	3,9	2,7	0,9
inactivos	20,1	40,9	27,1	16,9	19,8	42,7	33,6	15,9
Tasa de participación jefes	79,9	59,1	72,9	83,1	80,2	57,3	66,4	84,1
jefes hombres	88,0	70,6	82,8	90,0	88,6	70,7	80,2	90,9
jefes mujeres	43,0	25,8	34,3	49,6	52,0	36,4	38,4	57,7
Catego. ocupacional ocupados (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
asalariado	64,2	46,7	60,3	72,4	65,9	48,8	59,2	69,6
cuenta propia	26,8	48,1	34,1	20,4	22,6	44,4	33,3	19,6
patrono	8,5	4,3	5,1	7,0	11,3	6,5	7,3	10,7
no remunerado	0,4	0,9	0,4	0,2	0,2	0,2	0,2	0,1
Sector institucional ocupados (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
público	19,1	2,5	8,5	23,6	13,9	1,2	4,9	15,7
privado	80,9	97,5	91,5	76,4	86,1	98,8	95,1	84,3
Segmento ocupación ^{1/} (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
formal	45,3	9,4	24,2	54,3	45,4	5,9	19,0	50,2
informal	26,1	27,2	29,2	24,6	31,0	41,8	38,3	29,4
agropecuario	28,5	63,4	46,6	21,1	23,6	52,3	42,7	20,4

continúa

^{1/} El agropecuario incluye las actividades urbanas y rurales. El informal incluye a los trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales): patronos y asalariados privados en establecimientos de 5 empleados o menos; trabajadores por cuenta propia; el servicio doméstico y los trabajadores no remunerados; en todos los casos excluyendo a aquellos con educación superior. El formal a todos los demás trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales).

continuación cuadro 7

Características	1990				1999			
	todos	pobres indig.	todos	no pobre	Todos	pobres indig.	todos	no pobre
Miembros de 12 años y más								
Condición de actividad (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
activos	53,5	38,4	42,7	56,6	54,8	35,5	41,3	57,8
ocupados	51,1	34,6	39,0	54,6	51,5	29,0	35,4	55,2
desocupados	2,5	3,8	3,6	2,0	3,3	6,5	5,9	2,6
inactivos	46,5	61,6	57,3	43,4	45,2	64,5	58,7	42,2
Tasa desempleo abierto activos	4,6	10,0	8,5	3,5	6,0	18,4	14,2	4,6
Ocupados c/subempleo visible (%)	9,6	25,3	18,6	8,3	12,8	38,5	28,1	11,4
Tasa equivalente sub. visible	3,4	9,9	6,6	2,8	4,8	16,1	11,0	4,0
Ocupados c/subemp. invisible (%)	9,4	28,1	22,7	8,0	11,0	24,8	25,8	10,3
Tasa equivalente sub. invisible	3,1	13,3	8,7	2,3	3,0	11,6	7,9	2,5
Educación promedio ocup. (años)	7,2	4,7	5,1	7,7	7,8	4,9	5,3	8,1
Educación ocupados (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
0-5 años (ning./prim. incom.)	25,7	47,2	40,1	21,8	20,1	42,5	37,6	18,1
6 años (primaria completa)	33,6	39,4	41,7	32,1	32,7	41,1	42,9	32,0
7-8 años (III ciclo incomplet.)	7,7	6,1	6,8	8,2	8,6	7,0	7,0	9,1
9 años (III ciclo completo)	5,1	2,4	3,9	5,8	5,7	3,2	4,5	5,9
10-13 años (IV ciclo a 2 univ.)	18,8	4,5	6,6	21,3	19,5	5,1	7,0	20,8
14 y más años (3 univ. o más)	9,0	0,5	0,9	10,8	13,3	1,1	1,0	14,0
Categoría ocupacio. ocupados (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
asalariado	70,0	45,5	59,9	76,9	71,0	47,9	60,8	73,8
cuenta propia	19,6	34,9	26,4	15,7	18,0	37,6	27,8	16,1
patrono	5,3	2,3	3,4	4,5	8,0	4,6	5,2	7,5
no remunerado	5,1	17,3	10,3	2,9	3,0	10,0	6,2	2,5
Sector institucional ocupados (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
público	17,0	2,0	6,1	20,4	13,0	1,4	3,6	14,2
privado	83,0	98,0	93,9	79,6	87,0	98,6	96,4	85,8
Segmento ocupación ^{1/} (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
formal	45,7	9,3	22,3	52,6	46,4	6,6	17,8	49,9
informal	28,3	31,4	33,4	27,0	33,9	45,3	43,0	32,4
agropecuario	25,9	59,3	44,2	20,4	19,7	48,1	39,2	17,7

^{1/} El agropecuario incluye las actividades urbanas y rurales. El informal incluye a los trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales): patronos y asalariados privados en establecimientos de 5 empleados o menos; trabajadores por cuenta propia; el servicio doméstico y los trabajadores no remunerados; en todos los casos excluyendo a aquellos con educación superior. El formal a todos los demás trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales).

Fuente: Encuestas de Hogares 1990 y 1999.

Contrariamente a lo que sucede con los jefes, la edad promedio en los hogares pobres es menor que en los no pobres, situación que también se refleja en la estructura de edades de la población, pues en el caso de los hogares pobres mientras en 1990 un 40,5% y en 1999 un 39,8% de los miembros eran niños menores de 12 años, en los hogares no pobres los porcentajes fueron 29% y 26,4% respectivamente.

Adicionalmente, la edad promedio de la población tiende a aumentar, tanto entre los pobres como entre los no pobres, debido a la dinámica demográfica que experimenta el país.

Como era de esperar, los jefes de los hogares pobres tienen, en promedio, menos años de educación formal que los jefes de hogares no pobres, y la diferencia aumenta cuando se consideran los jefes de hogares indigentes. Las mujeres jefes tienen además, menor educación que los hombres, tanto en hogares pobres como no pobres.

Esta diferencia a nivel de jefatura se repite cuando se considera el nivel educativo de la población de 15 años y más. Si bien es cierto los años promedio de educación aumentan en el período considerado tanto para pobres como para no pobres, reflejando que los programas educativos a cargo del Estado, de carácter universal, llegan a los pobres, también es cierto que la diferencia en el promedio de años de estudio entre ellos y los no pobres se amplió entre 1990 y 1999, reflejando un aumento en la brecha de desigualdad entre esos grupos.

En los hogares pobres la relación de dependencia económica (número de miembros dependientes por cada activo) es mucho mayor que en los hogares no pobres, y mayor aún en los hogares indigentes. Además de lo relacionado con la composición familiar (más niños en los hogares pobres), la tasa de ocupación de los jefes de hogares pobres es menor que la de los no pobres, además de que muestran también mayores tasas de desempleo abierto.

Comparando la situación entre 1990 y 1999, independientemente del aumento en el porcentaje de jefes desempleados, debido a factores coyunturales, llama la atención el aumento en el porcentaje de jefes inactivos pobres. Esto se debe en parte al aumento en la jefatura femenina, ya que generalmente estas mujeres son económicamente inactivas, pero también a que como resultado del proceso de envejecimiento que vive el país, debido a múltiples cambios en las variables demográficas, ha aumentado la población adulta mayor (60 años y más), de manera que parte de la mayor inactividad de los jefes pobres está

relacionada con el abandono del mercado laboral de esos adultos mayores (en algunos casos con pensión, pero en otros no).

Dos de cada tres jefes ocupados se insertan en el mercado laboral como asalariados, aunque la proporción es menor para los jefes pobres (y menor aún para los jefes indigentes) y mayor para los no pobres. Por el contrario, el porcentaje de jefes cuenta propia es mayor para los pobres respecto a los no pobres. Cuando se considera toda la población ocupada (jefes y no jefes) el porcentaje de asalariados supera el 70%, sin embargo se repite la misma situación que se da con los jefes.

Prácticamente la totalidad de los ocupados pobres (jefes y no jefes) laboran en el sector privado, de manera que la incidencia de la pobreza entre los empleados públicos es mínima. Hay a lo largo de la década una reducción en la importancia relativa del empleo público dentro del total, resultado del congelamiento del mismo desde mediados de la década de los años ochenta.

Casi la mitad de los ocupados labora en el segmento formal de la economía, mientras que la otra mitad lo hace en el segmento informal y el sector agropecuario. Entre 1990 y 1999 prácticamente no varió la proporción de ocupados en el segmento formal, pero sí entre el informal y el agropecuario, pues aumentó el porcentaje de ocupados informales y se redujo el de agropecuarios.

No obstante esa situación para la totalidad de los ocupados, hay diferencias importantes cuando se considera la situación de pobreza, ya que la incorporación de los pobres al segmento formal es muy baja, pues apenas lo hace cerca de un 20%, contrario a lo que sucede con los no pobres. En 1990 los pobres (jefes y no jefes) se insertaban principalmente en sector agropecuario (más de un 44,2%), seguido en importancia por el segmento informal; pero ya en 1999 el segmento informal fue el más importante para los pobres (43%).

Además de una mayor tasa de desempleo abierto, los pobres enfrentan también mayores problemas de subempleo, visible e invisible, tanto en términos de incidencia (porcentaje de ocupados que muestran subempleo), como de su profundidad (tasas de subempleo equivalente).⁷⁷

⁷⁷Estas tasas se obtienen convirtiendo en puesto plenos el faltante de horas de trabajo o de ingresos laborales, y expresándolos respecto a la fuerza de trabajo.

3. Crecimiento económico, pobreza y desigualdad

Cuando se conceptualiza la pobreza como insuficiencia de ingresos, su solución o alivio implica aumentar los ingresos familiares per cápita hasta el punto en que alcancen (o superen) la línea de pobreza. En una primera parte de este capítulo se muestra la magnitud de los ingresos necesarios para eliminar la pobreza, o sea, cerrar la brecha de pobreza. Posteriormente se analiza el impacto del crecimiento económico sobre los ingresos familiares, especialmente los laborales, y sobre la pobreza. Como aspecto complementario a aumentos del ingreso familiar por la vía del crecimiento económico, se estudia en la sección siguiente el impacto de cambios en la desigualdad. Finalmente, se analiza el impacto de una política asistencialista de transferencia de ingresos.

3.1. La magnitud de las brechas de pobreza

Las brechas de pobreza reflejan la magnitud de los ingresos necesarios para que los pobres alcancen la línea de pobreza, y por lo tanto, desde la óptica propuesta, dejen de ser pobres. El cuadro 8 muestra la magnitud relativa de la brecha de pobreza respecto a varios ingresos agregados. Se considera la brecha de pobreza total, y la brecha de indigencia, esta última entendida como el ingreso necesario para que los pobres extremos alcancen la línea de pobreza extrema y dejen de serlo, aunque siguen siendo pobres desde la perspectiva de la pobreza total.

Cualquiera que sea el ingreso de referencia que se considere, la magnitud relativa de las brechas no es muy elevada, y además las mismas se reducen en el tiempo, situación directamente relacionada con la reducción en la incidencia de la pobreza.

En 1999, la brecha de pobreza total representaba un 3,4% del ingreso familiar total, un 3,6% del ingreso de los no pobres, y un 1,1% del PIB.^{8/} Por su parte, la brecha de indigencia equivalió en ese mismo año a un 0,5% de los ingresos familiares (totales y de los no pobres), y a un 0,2% del PIB.

Dadas esas magnitudes, es posible afirmar que la pobreza por insuficiencia de ingresos, especialmente la extrema, es un fenómeno posible de superar en el país.

^{8/} Para calcular las brechas respecto al PIB fue necesario estimar el número total de pobres en el país, y no solo aquellos en hogares con ingreso conocido o diferente de cero. Para ello se utilizaron los resultados de Sauma y Trejos (1999) quienes, como se ha señalado, realizaron una imputación de ingresos para los casos con información ignorada, cuyo resultado fue que, como promedio para el período 1987-1998, solamente un 18,8% de los hogares con ingreso cero o ignorado eran pobres (un 17,9% de las personas que en ellos residían).

Cuadro 8
Costa Rica: brechas de pobreza. 1990-1999.
-cifras absolutas y relativas-

	brechas de pobreza como % de:						brechas promedio por	
	ingreso no pobres		ing. familiar total		PIB ^{3/}		pobre ^{4/}	por
	indigen. ^{1/}	pobreza ^{2/}	indigen. ^{1/}	Pobreza ^{2/}	indigen. ^{1/}	pobreza ^{2/}		
1990	0,9	6,3	0,9	5,7	0,3	2,0	2.668	5.709
1991	1,2	8,4	1,1	7,4	0,3	2,3	2.531	5.944
1992	1,0	7,0	0,9	6,3	0,3	2,0	2.642	5.675
1993	0,6	4,5	0,6	4,2	0,2	1,4	2.644	5.473
1994	0,5	3,4	0,4	3,2	0,2	1,2	2.543	5.416
1995	0,5	3,6	0,5	3,4	0,2	1,2	2.354	5.320
1996	0,6	3,9	0,5	3,7	0,2	1,3	2.447	5.300
1997	0,5	3,6	0,4	3,3	0,2	1,2	2.484	5.159
1998	0,4	3,0	0,3	2,8	0,1	1,0	2.421	5.232
1999	0,5	3,6	0,5	3,4	0,2	1,1	2.527	5.722

1/ Se refiere a lo que les falta a los indigentes para alcanzar la línea de pobreza extrema (o sea, para dejar de ser indigentes, aunque siguen siendo pobres).

2/ Se refiere a lo que les falta a los pobres (todos, independientemente de su grado de pobreza) para alcanzar la línea de pobreza, o sea, dejar de ser pobres desde la perspectiva de la insuficiencia de ingresos.

3/ Para esta estimación las cifras de pobreza fueron expandidas al total de la población, o sea, incluyendo las personas en hogares con ingreso cero o ignorado, para lo cual se utilizaron los resultados obtenidos por Sauma y Trejos (1999). Las cifras del PIB corresponden a la nueva serie (base 1991).

4/ En colones de 1999 por mes. Deflatado con el IPC (promedio 1999=100%).

Fuente: estimación propia utilizando las Encuestas de Hogares 1990-1999 y datos del Banco Central de Costa Rica.

3.2. Crecimiento económico y reducción de la pobreza

La solución al problema de la pobreza entendida como insuficiencia de ingresos implica, como se ha señalado, aumentar los ingresos de las familias hasta el punto en que alcancen o superen la línea de pobreza. El crecimiento económico aumenta los ingresos familiares, principalmente por la vía de los ingresos laborales. En esta sección se analiza el impacto de ese crecimiento sobre la pobreza durante la década de los años noventa, y se realizan algunas simulaciones para la década siguiente.

Entre 1990 y 1999 el ingreso familiar per cápita medido por las encuestas de hogares aumentó en un 31,5% en términos reales; mientras que, en ese mismo período, el Producto Interno Bruto per cápita aumentó en un 26,5%. Independientemente de las diferencias en esas magnitudes, resultado de que los conceptos son diferentes (no todo el producto llega a las familias),^{9/} lo cierto es que la reducción en la

incidencia de la pobreza en el país durante la década de los años noventa está relacionada con ese crecimiento económico.

Establecer claramente la totalidad de las relaciones de causalidad entre la dinámica macroeconómica, el mercado de trabajo y las características sociodemográficas de las familias no es labor sencilla, y escapa a las posibilidades del presente; sin embargo, se tratará de establecer la fortaleza de los vínculos entre ellas. Así, el aumento en la producción y el ingreso nacional durante la década de los años noventa estuvo acompañado de aumentos en el empleo (a una tasa promedio de 2,8% anual), en los ingresos laborales en términos reales (la renta primaria promedio por ocupado en 1999 fue un 19,8% mayor que la de 1990), en algunos sectores económicos en la productividad del trabajo,^{10/} y además aumentó la participación de las mujeres en el mercado de trabajo (su tasa neta específica pasó de 28,6% en 1990 a 32,6% en 1999).

^{9/} Las cifras de cuentas nacionales reflejan un aumento de la magnitud de la diferencia entre esas mediciones en 1998 y 1999, pues mientras el producto interno bruto per cápita creció un 5,5% cada año, el ingreso familiar aproximado por el ingreso nacional disponible lo hizo en 3,5% y -1,5% respectivamente. Como se verá más

adelante, esta situación se explica por el tipo de crecimiento económico que prevalece en el país.
^{10/} Para un análisis más detallado de esta y las demás variables mencionadas ver Sauma y Vargas (2000).

Entre 1990 y 1999, como se ha destacado, la incidencia de la pobreza en la población se redujo de 30,7% a 23,7% (aunque hay un estancamiento en los últimos años), y se dio un ligero aumento en la desigualdad en la distribución del ingreso (especialmente en los últimos años). Como se verá a continuación, ambas situaciones están altamente -pero no exclusivamente- determinadas por lo acontecido en el mercado de trabajo.

Los ingresos familiares están conformados por los ingresos laborales y los no laborales.^{11/} Los laborales son los más importantes dentro del ingreso familiar total, pues han representado, como promedio para la década de los años noventa, un 89,3% del total. Entonces, siguiendo la metodología utilizada por Sauma y Vargas (2000), los cambios en el ingreso familiar per cápita se desagregan como efecto de las variaciones en los ingresos laborales por ocupado; las variaciones en la participación y el empleo de los miembros del hogar; las variaciones en los ingresos no laborales; y un efecto residual global.^{12/}

^{11/} Los ingresos laborales, también denominados renta primaria, los obtienen las familias por la participación de sus miembros en el mercado de trabajo, dependiendo su retribución individual, en dinero o en especie, de si el miembro labora como asalariado (sueldos y salarios) o en forma independiente por su cuenta o como patrono (ganancias o renta empresarial). Por su parte, los ingresos no laborales captados por las encuestas de hogares incluyen transferencias, que consideran rubros como pensiones y jubilaciones, becas y subsidios y, a partir de 1991, ingresos de capital (que provienen del usufructo de la propiedad de activos, e incluyen ingresos en efectivo como intereses, alquileres, dividendos y derechos de autor). Las pensiones constituyen el principal rubro dentro de los ingresos no laborales, pues se estima que representan poco más de un 45% del total.

^{12/} El ingreso familiar per cápita ($YFpc$), que es igual al ingreso familiar promedio (YF) dividido entre el número de miembros del hogar (n), se descompuso de la siguiente forma:

$$YFpc = YF/n = YL/n + YNL/n = [(YL/oc) * (oc/pet) * (pet/ac) * (ac/dep) * (dep/n)] + [YNL/n]$$

donde, además de la nomenclatura ya especificada: YL son los ingresos laborales o renta primaria; oc son los ocupados; pet los miembros en edad de trabajar; ac los miembros del hogar económicamente activos; dep son los inactivos o dependientes y YNL son los ingresos no laborales. El término (YL/oc) corresponde entonces a la renta primaria por ocupado, (oc/pet) a la tasa de ocupación de la población en edad de trabajar, (pet/ac) es el inverso de la tasa neta de participación, (ac/dep) es el inverso de la relación de dependencia económica (miembros dependientes por cada activo) y (dep/n) corresponde la proporción de dependientes o inactivos respecto a la población total (tasa bruta de inactividad).

En el cuadro 9 se muestran los resultados de la descomposición del cambio en el ingreso familiar per cápita entre 1990 y 1999, desagregados para dos estratos de población: el 30% de las familias de menores ingresos según su ingreso familiar per cápita, y el 70% restante.^{13/}

Cuando se consideran la totalidad de las familias, las cifras del cuadro 9 reflejan que el incremento de los ingresos laborales por ocupado ha jugado el papel más importante en el aumento en el ingreso familiar per cápita entre 1990 y 1999 (31,5%), pues explica un 65% del mismo. Le siguen en importancia los cambios en la participación y el empleo (19,7%) y finalmente el aporte de los ingresos no laborales (16,5%), a pesar de que los ingresos de este tipo captados por las encuestas de hogares se incrementan fuertemente en el período (57,8% en términos per cápita).^{14/}

Al desagregar el efecto participación y empleo, la reducción en la relación de dependencia económica (número de dependientes por cada activo) surge como el segundo factor en importancia en la explicación del aumento en el ingreso familiar per cápita. Entre 1990 y 1999 el tamaño promedio de los hogares se redujo en 0,3 miembros, sin variaciones significativas en el número promedio de ocupados y activos por hogar, y con una reducción en el número promedio de dependientes por hogar de 0,4 (pasó de 2,8 a 2,4). La relación de dependencia económica (dependientes entre activos) se redujo entonces en un 11,8%.

Con los ingresos en términos reales, el cambio en el ingreso familiar per cápita ($dYFpc$) se desagregó en tres efectos (más un efecto residual global):

$$dYFpc = [d(YL/oc)] * [(oc/pet) * (pet/ac) * (ac/dep) * (dep/n)] + [YL/oc] * d[(oc/pet) * (pet/ac) * (ac/dep) * (dep/n)] + [(oc/pet) * d(pet/ac) * (ac/dep) * (dep/n)] + (oc/pet) * (pet/ac) * d(ac/dep) * (dep/n) + (oc/pet) * (pet/ac) * (ac/dep) * d(dep/n) + [d(YNL/n)] + residuo$$

el primero de los cuales corresponde al efecto de variaciones en la renta primaria por ocupado, el segundo al efecto de cambios en la participación y el empleo, y el tercero al efecto de variaciones en los ingresos no laborales.

^{13/} Lógicamente las familias incluidas en cada uno de los años no son las mismas, pues no se trata de una encuesta de panel, sin embargo la comparación sirve para poner en evidencia los cambios principales.

^{14/} Como se señaló previamente, a partir de 1991 se incluyó en las encuestas de hogares la medición de las rentas de capital.

Por estratos de ingreso familiar per cápita, el aumento en el ingreso de las familias de menores ingresos fue de 21% entre 1990 y 1999, menor que el de las

familias relativamente más ricas (32,3%), pero que incide en la reducción de la pobreza entre esos dos años.

Cuadro 9
Costa Rica: Descomposición de la variación en el ingreso familiar per cápita, según estrato de ingreso. 1999/1990.

	Todas las familias	30% más pobres ^{1/}	70% siguiente ^{1/}
Cambio en el ingreso familiar per cápita (%)	31,5	21,0	32,3
descomposición del cambio (%)	100,0	100,0	100,0
efecto renta primaria por ocupado	65,0	74,7	60,0
efecto participación y empleo	19,7	-7,0	24,3
tasa ocupación población en edad de trabajar	5,8	-26,6	12,4
inverso tasa neta de participación	-11,7	6,4	-16,4
inverso relación de dependencia económica	43,8	18,4	55,5
tasa bruta de inactividad	-18,2	-5,1	-27,3
efecto ingresos no laborales per cápita	16,5	30,3	15,5
efecto residual	-1,2	2,0	0,2
Cambios porcentuales en:			
ingresos laborales por ocupado (YL/oc)	21,1	17,7	19,6
tasa ocupación población edad trabajar (oc/pet)	1,6	-5,1	3,5
tasa neta de participación (ac/pet) ^{2/}	3,1	-1,3	4,5
relación dependencia económica (dep/ac) ^{2/}	-11,8	-3,7	-15,1
tasa bruta de inactividad (dep/n)	-4,7	-1,0	-6,9
ingresos laborales per cápita (YL/n)	28,9	16,3	29,9
ingresos no laborales per cápita (YNL/n)	57,8	63,2	56,6

^{1/} Según su ingreso familiar per cápita. Se excluyen las familias con ingreso cero o ignorado.

^{2/} Nótese que se refiere al inverso de los términos utilizados en la estimación.

Fuente: estimación propia utilizando las Encuestas de Hogares de 1990 y 1999.

Varios aspectos llaman la atención de la descomposición por estratos de ingreso. En primer lugar, que a pesar de que el aumento en los ingresos laborales por ocupado fue menor en las familias relativamente más pobres, tuvo un impacto significativamente más importante que en las más ricas en la explicación del incremento en el ingreso per cápita (explica casi un 75% del aumento en el ingreso per cápita de las primeras, respecto a un 60% para las segundas). En segundo lugar, que la reducción en la relación de dependencia económica fue menor entre las familias relativamente más pobres, y por lo tanto, explica mucho menos del aumento en el ingreso per cápita. Por último, que para las familias de menores ingresos el aumento en los ingresos no laborales no solo fue mucho mayor que para las más ricas, sino que fue el segundo factor

en importancia en la explicación del aumento en el ingreso per cápita.

La descomposición anterior permite comprobar la gran importancia que han tenido el crecimiento económico y el mercado de trabajo en la reducción de la pobreza. Lógicamente, esos resultados globales están determinados por características particulares del crecimiento económico, el desempeño macroeconómico en general y de las políticas económicas ejecutadas. Sauma y Vargas (2000), analizaron más detalladamente esas características particulares, y concluyeron que tres aspectos son los que más incidieron en la reducción de la pobreza durante la década de los años noventa (sin orden de prioridad):

- i) En primer lugar, porque el proceso de apertura comercial ejecutado en el período no provocó fuertes reducciones en el empleo y los ingresos agropecuarios. Como se ha visto, la actividad agropecuaria, productora de bienes transables, constituye un "reservorio" de pobreza, en el sentido de que gran parte de los ocupados en ella (y sus dependientes) son pobres o apenas superan el umbral de pobreza, de manera que impactos negativos en ella redundarían inmediatamente en aumentos de la pobreza.
- ii) En segundo lugar, porque se generaron los empleos suficientes para mantener los niveles de desempleo relativamente bajos, a pesar de los aumentos en la tasa de participación (especialmente la femenina), y además porque esos empleos fueron generados principalmente en el segmento formal de la economía (directamente relacionado con los procesos de apertura y de reforma), sin aumentos significativos en la informalidad.^{15/}
- iii) Por último, porque el proceso produjo un aumento real en los ingresos laborales (renta primaria) de la mayoría de los ocupados, explicado por la dinámica propia del mercado de trabajo (oferta-demanda), pero en el que también parecen haber jugado un papel muy importante las fijaciones de los salarios mínimos, que han tendido a protegerlos en términos reales e inclusive a incrementarlos.^{16/}

Con el objetivo de determinar hasta que punto el crecimiento económico es por sí solo suficiente para erradicar la pobreza en los próximos años, o al menos lograr reducciones significativas en su incidencia, se realizaron dos simulaciones a partir de la encuesta de hogares de 1999. Estas simulaciones consistieron en aumentar de manera sostenida, en un 3% anual, el ingreso familiar total y los ingresos laborales, a partir de la situación en 1999.

Se seleccionó ese porcentaje para ambos ingresos porque es similar a los logrados como promedio a lo largo de la década de los años noventa, de manera que se trata de un valor *normal*, pero que debe ser considerado como "un mínimo deseable", en el entendido de que la meta económica la constituyen mayores niveles de crecimiento. Para las simulaciones se dejan constantes todas las demás variables de la encuesta (tasa de desempleo, tasa de ocupación, tamaño familiar, etc.).

Antes de presentar los resultados conviene destacar que el objetivo de estas simulaciones de estática comparativa, y de otras similares que se presentan más adelante, es aproximar el máximo impacto de cambios en variables específicas, dejando constantes todas las demás variables socio-demográficas y económicas que también inciden sobre la pobreza. Lógicamente, en procesos dinámicos, el resultado final sobre la pobreza estará determinado por la forma como evolucionen el conjunto de variables que afectan la pobreza, de manera que ese resultado sería de menor magnitud que el obtenido en los ejercicios aquí realizados.

En el cuadro 10 se muestran los resultados de ambas simulaciones. En el caso del aumento en el ingreso familiar total, se lograría reducir la incidencia de la pobreza a un 14,2% de las personas en el 2010, o sea, una reducción de 9,5 puntos porcentuales respecto a 1999. Por su parte, la pobreza extrema afectaría a un 4,1% de las personas en el último año. En este caso, no se darían cambios en la desigualdad, pues todos los ingresos aumentarían igual.

^{15/} Al igual que el sector agropecuario, el sector informal es también un "reservorio" de pobreza.

^{16/} Este aspecto se analiza con mayor detenimiento en Sauma y Gamier (1998).

Cuadro 10
Costa Rica: estimación de la incidencia de la pobreza con un crecimiento sostenido de los ingresos familiar per cápita y
laboral per cápita de 3% anual. 2000-2010.
-porcentaje de personas y hogares bajo las líneas de pobreza*-

año	aumento en ingresos totales:					aumento en ingresos laborales:				
	pobreza total		indigencia		coef. Gini**	pobreza total		indigencia		coef. Gini**
	pers.	hog.	pers.	hog.		pers.	hog.	pers.	hog.	
1999***	23,7	20,6	7,5	6,7	0,400	23,7	20,6	7,5	6,7	0,400
2000	23,0	20,1	7,0	6,2	0,400	23,1	20,2	7,1	6,3	0,403
2001	22,1	19,3	6,7	5,9	0,400	22,2	19,5	6,9	6,1	0,403
2002	20,6	18,2	6,3	5,6	0,400	20,8	18,5	6,6	5,9	0,404
2003	19,7	17,5	6,0	5,3	0,400	20,2	18,0	6,3	5,7	0,405
2004	19,0	16,9	5,9	5,2	0,400	19,5	17,5	6,2	5,6	0,405
2005	18,0	16,0	5,6	5,0	0,400	18,4	16,6	6,0	5,5	0,405
2006	17,4	15,6	5,4	4,8	0,400	18,0	16,2	5,8	5,3	0,406
2007	16,6	14,7	5,2	4,6	0,400	17,3	15,7	5,6	5,2	0,406
2008	15,5	13,7	4,9	4,4	0,400	16,4	14,9	5,4	5,0	0,407
2009	14,7	13,2	4,4	3,9	0,400	15,9	14,5	5,0	4,7	0,408
2010	14,2	12,7	4,1	3,7	0,400	15,2	14,1	4,9	4,6	0,408

* Excluyendo hogares y personas en hogares con ingreso cero o ignorado.

** Coeficiente de Gini de la distribución del ingreso familiar total según deciles de ingreso per cápita.

*** Valor observado. La simulación inicia en el año 2000.

Cuando se aumentan solamente los ingresos laborales el impacto sobre la pobreza se reduce ligeramente: hacia el año 2010 la incidencia de la pobreza en las personas sería de 15,2%, para una reducción de 8,5 puntos porcentuales respecto a 1999. En el caso de la pobreza extrema, en el 2010 su incidencia sería de 4,9% de las personas.

El menor impacto en esta última simulación respecto a la anterior se debe a que se dejan constantes los ingresos no laborales, muy importantes para los pobres. Esta misma situación provoca un aumento en la concentración en la distribución del ingreso, aunque de pequeña magnitud, pues en 1999 los ingresos no laborales representaron apenas un 10,8% del ingreso familiar total medido por la encuesta de hogares.

Una simulación adicional a las dos anteriores consideró una duplicación en el aumento en el ingreso familiar total en términos per cápita, o sea, se fijó el nivel en 6% anual. El resultado para el año 2010 fue una incidencia de la pobreza total del 8,3% en las personas (7,4% en los hogares), mientras que la pobreza extrema afectaría a un 2,4% de ellas (2,1% de los hogares). Es claro entonces que mayores tasas de crecimiento de los ingresos resultarían en mayores reducciones de la pobreza en plazos más breves; mientras que sucedería lo contrario con tasas de crecimiento menores.

Se puede concluir entonces que niveles de

crecimiento económico similares a los obtenidos en la década pasada no son suficientes por sí solos para erradicar la pobreza en una década, o al menos reducirla significativamente respecto a los niveles actuales de incidencia, justificando entonces la necesidad de afectar otras variables.

La experiencia más reciente no solo confirma esa conclusión, sino que también urge la necesidad de afectar otras variables para reducir la pobreza: a pesar del fuerte crecimiento económico en 1998 y 1999 (el PIB per cápita aumentó en 5,5% en cada año), la incidencia de la pobreza se mantuvo a los niveles prevalecientes desde 1994. La principal explicación a esta situación parece estar en un cambio en el tipo de crecimiento económico, con elevados incrementos de la producción en pocas ramas económicas (e inclusive en actividades específicas dentro de una rama), bajo crecimiento en muchas ramas, y escasa generación de empleo. Además, buena parte del incremento del producto interno se origina en zonas francas, de manera que el crecimiento del ingreso nacional va por detrás del crecimiento de ese producto. Este desigual crecimiento de la producción también ha aumentado la desigualdad en la distribución del ingreso, reduciendo el impacto sobre la pobreza, como se verá a continuación.

3.3. Cambios en la distribución del ingreso y pobreza

Existe en la actualidad una amplia discusión entre los economistas sobre el sentido de la causalidad entre crecimiento económico y desigualdad,^{17/} sin embargo, cualquiera que sea ese sentido, la pobreza absoluta se ve afectada por ambos. Así, es posible que la pobreza aumente o disminuya sin que se produzcan cambios en el ingreso nacional, solamente por incrementos o reducciones en la desigualdad (dejando constantes todas las demás variables). Puede suceder también que se dé crecimiento del ingreso, pero que cambios en la desigualdad (aumentos o disminuciones), dejando constantes todas las demás variables, afecten su impacto sobre la pobreza (menor o mayor impacto).

Este último caso es el más importante para Costa Rica, especialmente en los últimos años, pues el crecimiento económico ha estado acompañado de aumentos en la desigualdad, lo que ha reducido el impacto sobre la pobreza.

Cuando se comparan 1990 y 1999, el ingreso familiar per cápita aumenta, como se ha señalado, en un 31,5%, mientras que el coeficiente de Gini de la distribución del ingreso familiar per cápita lo hace de 0,374 a 0,400 (cuadro 3). Sin embargo, si la distribución del ingreso en 1999 hubiese sido la misma de 1990 (cuadro 4), la reducción en la incidencia de la pobreza habría sido mayor, afectando en 1999 a un 21,3% de la población y un 18,7% de los hogares, respecto al 23,7% y 20,6% que efectivamente se dieron.^{18/}

Se comprueba entonces que un mayor crecimiento económico no siempre tendrá un mayor impacto en términos de reducción de la pobreza absoluta, pues si ese crecimiento es altamente concentrador, se reducirá su impacto.

En el caso costarricense, el mayor crecimiento económico se ha dado en los sectores productivos relacionados con el comercio internacional y el turismo, así como los servicios financieros (Sauma y Vargas, 2000). Este crecimiento desigual de los sectores productivos ha incidido en aumentos de la desigualdad en la distribución del ingreso, principalmente por la vía de una ampliación de las

brechas entre los ingresos laborales.^{19/} Entonces, en tanto se siga dando un crecimiento de este tipo, su impacto sobre la pobreza se verá reducido.

3.4. El papel de las transferencias

Para reducir la pobreza, una alternativa al aumento de los ingresos de los pobres por la vía del crecimiento económico (que afecta principalmente sus ingresos laborales), es el aumento de sus ingresos por la vía de las transferencias.

Esta alternativa cobra especial interés para el caso de Costa Rica, dado que los recursos necesarios para cerrar las brechas de pobreza no son relativamente elevados y, lo que es más importante, que el país dispone de un Fondo de Desarrollo Social y Asignaciones Familiares (FODESAF) que cuenta con recursos suficientes para cerrar la brecha de la pobreza mientras se mantenga en los niveles de 1999.

Sin embargo, se debe resaltar de una vez que el principal problema de una estrategia de alivio a la pobreza basada en las transferencias es que la reducción en la pobreza se da mientras exista la transferencia, y que cuando la misma desaparece, el problema aflora nuevamente. Por ello, soluciones permanentes a la pobreza vista como insuficiencia de ingresos se enfocan a mejorar la inserción de los pobres en el mercado de trabajo y su productividad (inversión en capital humano y físico), la generación de empleos de calidad, así como otras políticas y programas que garanticen a los pobres mejorías en sus ingresos laborales.

De ahí que a lo largo de su existencia, se ha privilegiado la utilización de los recursos del FODESAF en programas específicos (comedores escolares, subsidios a la vivienda y otros), más que transferencias en efectivo a las familias (principalmente mediante pensiones no contributivas).

En todo caso, dado el carácter de protección social que tiene el FODESAF, cuyos beneficiarios son "*los costarricenses de escasos recursos económicos*", un programa de este tipo necesariamente debe ser considerado dentro de una estrategia global de reducción de la pobreza.

El impacto de un programa de este tipo depende de las características de su diseño, por lo que, sin

^{17/} Para un mayor detalle puede verse, entre otros, Ferreira (1999).

^{18/} La simulación en este caso consistió en afectar el ingreso promedio por decil en 1999, para que reprodujera la estructura de la distribución de 1990.

^{19/} Para un mayor detalle ver Sauma y Vargas (2000). En todo caso, conviene resaltar el importante papel de las fijaciones de salarios mínimos, que han evitado una mayor desigualdad (Sauma y Gamier, 1998).

pretender entrar aquí al nivel programático, hay algunos elementos importantes que deben ser tomados en cuenta:

i) En primer lugar debe decidirse si el programa se dirigirá a todos los pobres o solamente a los pobres extremos (o a alguna combinación intermedia a partir de características específicas). Sin considerar costos administrativos, en 1999 el monto necesario para cerrar la brecha de pobreza extrema habría alcanzado los $\$$ 7.000 millones anuales, mientras que el necesario para cerrar la brecha total habría sido cercano a los $\$$ 50 mil millones,^{20/} cifra esta última similar a los gastos realizados por el FODESAF en el mismo año.^{21/} Más allá de la viabilidad (principalmente la legal y la política) de utilizar la totalidad de los recursos del FODESAF en un solo programa (cerrar la brecha de pobreza total), lo más adecuado parece ser atender solamente a los pobres extremos.

ii) Un programa de este tipo debe ser focalizado, o sea, debe llegar solamente a las personas o grupo de población que previamente se defina (en este caso, los pobres extremos). Ello se logra definiendo un mecanismo de focalización específica, o sea, mediante la identificación directa de los beneficiarios deseados (los pobres extremos) a través de algún mecanismo de elegibilidad individual (en este caso, familias).^{22/} Una adecuada focalización incrementa los costos del programa. Entre las opciones para mejorar la eficiencia de la focalización se consideran las *fichas de caracterización socioeconómica (CAS)*, que son instrumentos para recolectar información socioeconómica sobre hogares o individuos, con la finalidad de determinar su elegibilidad para participar en uno o varios programas de protección social, y también para realizar un seguimiento de las condiciones de vida de la población en situación de pobreza. Sin embargo, vale resaltar que *“las fichas CAS no constituyen en sí mismas un mecanismo de focalización, sino una fuente de información potencialmente útil para mejorar la eficiencia de la focalización”* (Vos, 2000: 53).

iii) El monto de la transferencia: un problema importante que se debe resolver durante el diseño del

programa es el monto de la transferencia. Individualizar los montos de las transferencias, o sea, determinar la brecha de pobreza extrema para cada familia, no solo es una labor compleja, sino que también aumentaría significativamente los costos administrativos del programa. Por su parte, utilizar una transferencia igual para todas las familias en pobreza extrema, reduce el éxito del programa, pues no todos los hogares superarían la línea de pobreza, especialmente los más numerosos.

Tomando en cuenta los elementos anteriores, se realizó una simulación del impacto de un programa de transferencias monetarias a los hogares en situación de pobreza extrema. No se presentaron “filtraciones”, pues solamente se asignó el monto a los hogares en la situación prevista. El monto de la transferencia fue de $\$$ 11.600 a cada hogar, cifra que se obtiene de multiplicar el tamaño promedio de los hogares indigentes (4,6 miembros, cuadro 7) por la brecha de indigencia promedio ($\$$ 2.527 mensuales por persona).

El resultado de la simulación fue una importante reducción en la pobreza extrema, aunque no su erradicación: un 2,5% de los hogares (3,6% de las personas) permanecían en esa situación de pobreza. Adicionalmente, los impactos sobre la pobreza total y la desigualdad fueron mínimos, pues la primera se redujo en 0,2 puntos en el caso de los hogares (0,1 puntos en personas),^{23/} y el coeficiente de Gini pasó a 0,394.

Es claro entonces como un programa de transferencias monetarias dirigido a las familias en condición de pobreza extrema es un elemento muy importante dentro de una estrategia de alivio a la pobreza.

. Afectando los principales determinantes de la pobreza

Como se ha demostrado, dadas las posibilidades reales de crecimiento económico del país, ese crecimiento por sí sólo no garantiza reducciones significativas de la pobreza en un plazo razonable. Tampoco se logra una reducción de ese tipo, al menos de forma permanente, con una política de corte asistencialista que promueva transferencias monetarias a las familias, aunque las mismas sean focalizadas. Es necesario entonces incidir en otras variables que también afectan la capacidad de

^{20/} Ambas cifras (pobreza extrema y total) toman en cuenta la expansión a la población total utilizando los resultados de Sauma y Trejos (1999).

^{21/} La cifra de gasto de FODESAF para 1999 corresponde a la proporcionada por la Secretaría Técnica de la Autoridad Presupuestaria del Ministerio de Hacienda al Banco Central de Costa Rica.

^{22/} Otros mecanismos de identificación de los beneficiarios deseados son: la residencia (focalización geográfica), la pertenencia a un determinado grupo, y la autoselección.

^{23/} Debe recordarse que al cerrar la brecha de indigencia, los hogares siguen siendo pobres, pero no extremos. No es el objetivo en este caso, ni se logra, reducir la pobreza total.

generación de ingresos y satisfacción de las necesidades de las familias, y que permitirían avances aún mayores en la reducción de la incidencia del fenómeno. En este capítulo se analiza la forma en que se podrían afectar los principales determinantes de la pobreza. Se trata también de conocer el impacto de las afectaciones, mediante la utilización de las encuestas de hogares.^{24/}

Las características de las familias pobres en el país destacadas previamente y otras adicionales, son analizadas desde la perspectiva de su contribución a la pobreza nacional, para lo cual se descomponen los coeficientes de incidencia de la pobreza según las categorías en cada una de ellas.^{25/} A partir de esa contribución se definen prioridades, y se realizan simulaciones sobre el impacto potencial de cambios en ellas.

4.1. Características generales de los hogares y de sus miembros

Los perfiles de pobreza reflejan que los hogares pobres son más numerosos, con una mayor tasa de dependencia económica, en buena medida debido a un mayor número de niños en ellos, pero también por una mayor tasa de inactividad de los mayores de 12 años.

Analizando más detenidamente esas características, como se refleja en el cuadro 11, con excepción de los hogares de 1 o 2 miembros, la incidencia de la pobreza aumenta a medida que aumenta el tamaño del hogar; y de hecho, son los hogares de 7 miembros o más los que más aportan a la pobreza total: uno de cada tres pobres en 1999. Sin embargo, llama la atención que los hogares de 5 miembros ocupan el segundo lugar en cuanto a contribución a la pobreza (aportan el 20% del total de pobres).

La incidencia de la pobreza es mayor entre los niños: prácticamente 1 de cada 3 niños con edades entre 0 y 12 años se encontraba en situación de pobreza en 1999, y los niños pobres en ese rango de edad constituían en ese mismo año el 40% del total de pobres (cuadro 11). Desde la perspectiva de un

programa de reducción de la pobreza este resultado es sumamente importante, pues resalta la necesidad de definir componentes especialmente diseñados para atender a la niñez en situación de pobreza.

Aunque la incidencia de la pobreza es mayor entre los hogares jefeados por mujeres respecto a los jefeados por hombres, en 1999 los hogares con mujer jefe aportaron solamente un 29,1% del total de pobres (cuadro 12). Como se verá más adelante, la reducción de la pobreza está directamente relacionada con una mayor incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, incluyendo lógicamente a las jefas de hogar, por lo que un plan de reducción de la pobreza debe tomar en cuenta que la incorporación al mercado de trabajo de mujeres en esa situación requiere la solución al problema del cuidado de los niños mientras la mujer trabaja.

Entre 1990 y 1999 la relación de dependencia económica (inactivos/activos) disminuyó, explicando parte importante de la reducción en la incidencia de la pobreza. Entre los principales aspectos que explican ese cambio se encuentran los demográficos, especialmente la reducción del tamaño de los hogares y el cambio en la estructura de población. Sin embargo, la situación general sigue siendo la misma: la incidencia de la pobreza aumenta a medida que aumenta la relación de dependencia. Los hogares que más aportan a la pobreza total son aquellos con más de 3 dependientes por activo (37,1% del total de pobres en 1999).

^{24/} Al utilizar de forma exclusiva las encuestas de hogares se dejan por fuera del análisis algunas variables que también son importantes, como la tenencia de la tierra y otros activos. Sin embargo estos pueden ser analizados posteriormente, y añadir elementos a la estrategia global de reducción de la pobreza.

^{25/} El índice de incidencia de la pobreza se descompone para las diferentes categorías (mutuamente excluyentes) de las características de los hogares y los jefes, de manera que el valor del índice es un promedio ponderado de los índices estimados para cada categoría.

Cuadro 11
Costa Rica: Descomposición de los índices de pobreza según tamaño del hogar y estructura de edad. 1990 y 1999.

Características	1990			1999		
	incidencia (%)1/	% poblacional2/	pobla-Contribución a pob. (%)3/	incidencia (%)1/	% poblacional2/	pobla-contribución a pob. (%)3/
total	30,7	100,0	100,0	23,7	100,0	100,0
Tamaño del hogar						
de 1 a 2	23,4	6,6	5,0	17,0	8,7	6,2
3	17,7	13,0	7,5	14,4	14,8	9,0
4	22,5	20,2	14,9	16,0	22,8	15,3
5	28,1	22,1	20,2	23,0	21,6	20,9
6	32,3	13,6	14,4	30,2	13,9	17,6
7 o más	47,7	24,4	38,0	40,0	18,3	30,9
Estructura de edad						
0 a 2	36,3	6,7	8,4	30,0	5,7	7,7
3 a 6	39,2	10,2	13,8	32,6	8,7	12,4
7 a 12	38,5	14,1	18,4	32,4	14,0	19,7
13 a 18	31,9	12,3	12,9	24,9	12,8	13,4
19 a 25	21,4	13,3	8,9	15,3	12,1	7,6
26 a 60	25,6	36,7	30,0	19,1	39,5	31,2
más de 60	36,9	6,8	7,6	26,8	7,3	8,1

1/ se refiere a la incidencia de la pobreza dentro de cada categoría (personas).

2/ se refiere al porcentaje de la población dentro de cada categoría.

3/ se refiere al porcentaje que representan los pobres (personas) en esa categoría dentro del total de pobres (personas).

Fuente: estimación propia utilizando las Encuestas de Hogares 1990 y 1999.

Cuadro 12
Costa Rica: Descomposición de los índices de pobreza según sexo del jefe y relación de dependencia económica. 1990 y 1999.

Características	1990			1999		
	incidencia (%)1/	% poblacional2/	pobla-contribución a pob. (%)3/	incidencia (%)1/	% poblacional2/	pobla-contribución a pob. (%)3/
total	30,7	100,0	100,0	23,7	100,0	100,0
Jefatura del hogar						
hombre	30,4	84,6	84,0	21,1	79,7	70,9
mujer	31,8	15,4	16,0	34,0	20,3	29,1
Relac. depend. econ.						
1 o menos	12,5	30,3	12,3	8,2	36,5	12,7
más de 1 a 1,5	19,3	10,7	6,7	16,6	11,1	7,8
más de 1,5 a 2	25,0	14,7	12,0	21,6	14,2	13,0
más de 2 a 3	35,4	16,7	19,2	28,6	15,0	18,1
más de 3	54,9	23,3	41,6	48,2	18,3	37,1
solo inactivos	55,8	4,5	8,1	55,9	4,9	11,5

1/ se refiere a la incidencia de la pobreza dentro de cada categoría (personas).

2/ se refiere al porcentaje de la población dentro de cada categoría.

3/ se refiere al porcentaje que representan los pobres (personas) en esa categoría dentro del total de pobres (personas).

Fuente: estimación propia utilizando las Encuestas de Hogares 1990 y 1999.

En el caso de la dependencia económica, especial atención merecen los hogares de inactivos, que incluyen tanto los hogares con mujeres jefas y sus hijos, como hogares de pensionados y otros dependientes de ingresos no laborales. Si bien es cierto en ellos reside poca población (menos de un 5%), aportan más de un 11% de los pobres.

Reducir la tasa de dependencia sería posible de dos formas básicas: aumentando la participación de los inactivos en edad de trabajar o reduciendo el número de niños en el hogar. La primera se lograría principalmente mediante el mercado de trabajo, mientras que la segunda se refiere a un aspecto demográfico, y requiere de una política de población y programas de planificación familiar, además de que sus frutos se verían a futuro.

Más adelante en este capítulo se analizará lo referente a la subutilización de la fuerza de trabajo, donde se considera el impacto de una mayor participación de los inactivos en edad de trabajar. Para el caso de la reducción en el número de niños, se realizó una simulación, que consistió precisamente en determinar el nivel de pobreza y de desigualdad cuando se reduce en 1 el número de niños en cada hogar pobre (lógicamente, cuando hay al menos uno).

El resultado de esa simulación es una fuerte reducción en la incidencia de la pobreza total, que pasa a afectar un 15,9% de los hogares (un 16,1% de las personas). En el caso de la pobreza extrema, los

niveles se reducen a 5,2% y 5,1% respectivamente. Por su parte, el coeficiente de Gini de la distribución del ingreso no varía.

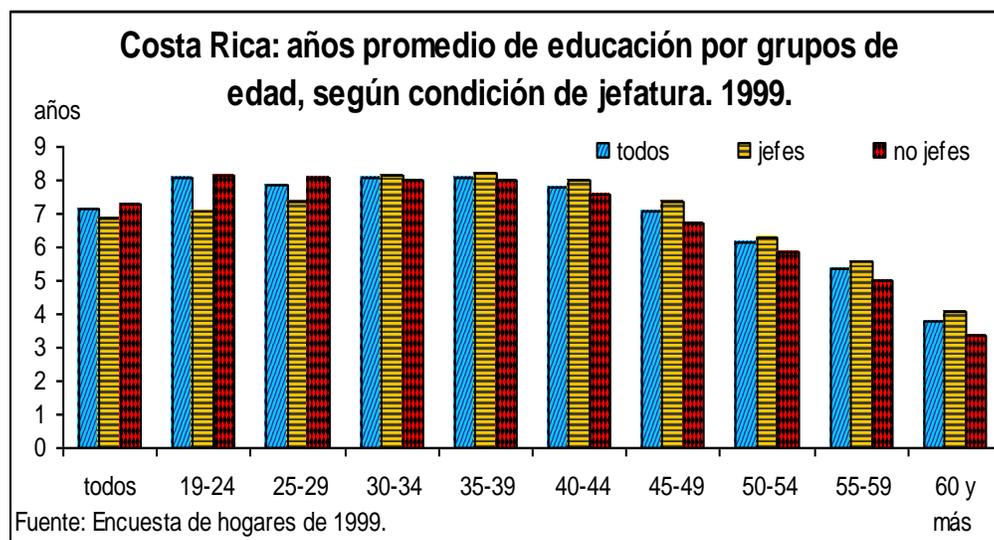
La reducción de 7,6 puntos porcentuales en la incidencia de la pobreza total entre las personas es una clara señal de la importancia de seguir avanzando en este sentido.

4.2. Capital educacional

Costa Rica es un país con un nivel de inversión social relativamente alto dentro de la región latinoamericana y del Caribe (Ganuza y otros, 1999). Dentro de los sectores sociales, la educación ha ocupado un sitio prioritario, lo cual se refleja en indicadores educativos muy superiores al promedio latinoamericano (BID, 1994). Sin embargo, en años recientes se ha presentado un estancamiento en el avance mostrado por los principales indicadores.

El gráfico siguiente refleja como en el pasado la expansión del sistema educativo fue dando sus frutos en términos de una mayor educación para las generaciones más jóvenes respecto a las más viejas; pero también muestra un estancamiento en los últimos años, pues la educación promedio no siguió aumentando. Además, la diferenciación entre jefes y no jefes refleja la tendencia de los jóvenes menos educados a formar hogares antes que los más educados.

Gráfico 2



Los altos niveles de retención y éxito escolar alcanzados en educación primaria (seis grados, tres de primer ciclo y tres de segundo ciclo de la educación básica), no han sido extendidos al tercer ciclo de la educación básica (tres grados, de séptimo a noveno).

Es necesario entonces aumentar la permanencia en la escuela de los niños y jóvenes que actualmente asisten, especialmente los provenientes de hogares pobres, que son los más afectados por el rezago y el abandono escolar. Como lo reflejan las cifras del cuadro 13, obtenidas de la encuesta de hogares de 1999, el porcentaje de asistencia de los niños de 7-12 años (edad escolar) es muy elevado, inclusive entre los niños pobres, pero luego se reduce significativamente para los jóvenes de 12-15 años, y

aún más para los de 16-18 años. El rezago escolar es mayor entre los niños y jóvenes de hogares pobres, y aumenta a medida que se aumenta la edad.

La relación inversa entre el nivel educativo de la población y la pobreza ha sido ampliamente comprobada. En el caso costarricense, las cifras para 1990 y 1999 incluidas en el cuadro 14 reflejan como la incidencia de la pobreza se reduce a medida que se consideran mayores niveles de educación del jefe del hogar. Más del 80% de los pobres proceden de hogares cuyo jefe tiene educación primaria completa o menos (cerca de la mitad de los pobres de hogares cuyos jefes tienen educación primaria incompleta).

Cuadro 13
Costa Rica: Asistencia escolar y rezago de los niños y jóvenes de 7-17 años, 1999.

grupo de edad	total		pobres	
	% asiste	% con rezago ^{1/}	% asiste	% con rezago ^{1/}
de 7 a 9 años	97,3	11,9	96,1	18,7
de 10 a 12 años	95,9	31,8	94,8	47,9
de 13 a 15 años	74,3	45,6	69,0	60,2
de 16 y 17 años	52,3	55,4	41,1	64,8

^{1/} Respecto a los que asisten. Se consideran con rezago aquellos estudiantes que asisten a un grado menor en más de un grado al que les corresponde según su edad.

Fuente: elaboración propia con la Encuesta de Hogares de 1999.

Cuadro 14
Costa Rica: Descomposición de los índices de pobreza según nivel educativo del jefe del hogar. 1990 y 1999.

Educ. jefe del hogar	1990			1999		
	incidencia (%) ^{1/}	% pobla- cional ^{2/}	contribución a pob. (%) ^{3/}	incidencia (%) ^{1/}	% pobla- cional ^{2/}	contribución a pob. (%) ^{3/}
total	30,7	100,0	100,0	23,7	100,0	100,0
de 0 a 5 años	41,1	38,7	51,9	35,6	31,3	46,9
primaria completa	33,2	29,9	32,4	27,1	32,2	36,7
III ciclo incompleto	31,6	5,3	5,5	16,1	7,2	4,9
III ciclo completo	23,3	5,3	4,0	18,3	5,4	4,2
de 10 a 13 años	13,1	13,0	5,6	10,1	14,5	6,2
3 años univ. o más	2,5	7,8	0,6	2,7	9,4	1,0

^{1/} se refiere a la incidencia de la pobreza dentro de cada categoría (personas).

^{2/} se refiere al porcentaje de la población dentro de cada categoría.

^{3/} se refiere al porcentaje que representan los pobres (personas) en esa categoría dentro del total de pobres (personas).

Fuente: estimación propia utilizando las Encuestas de Hogares 1990 y 1999.

El sistema educativo costarricense presenta otros problemas, entre los que destacan los relacionados con la calidad y la eficiencia, y en menor grado los de cobertura y equidad. En los últimos años se ha avanzado en la solución de esos problemas, aunque falta todavía mucho camino por recorrer. Desde la perspectiva del presente, uno de los principales retos sigue siendo retener a los jóvenes en la escuela al menos hasta que culminen su noveno grado (educación básica completa), lo cual implica ejecutar acciones concretas, especialmente para los estudiantes pobres (equidad).

Los beneficios de una acción de este tipo se pueden aproximar mediante una simulación, que consiste en suponer que el nivel educativo promedio siguió subiendo en las dos últimas décadas, de manera que en 1999 la educación mínima de los ocupados con edades entre 19 y 34 años fue de nueve años (o sea, todos aquellos ocupados que en ese año tenían menos

de nueve años de educación pasaron a tener nueve años; y los demás quedaron con la educación que tenían).

Los nuevos ingresos para los que aumentaron su nivel educativo se estimaron mediante una función de ingresos de tipo minceriano, que tomó en cuenta la escolaridad, la experiencia, el sexo, la categoría ocupacional, la rama de actividad y la zona y región de residencia.^{26/}

^{26/} Específicamente:

$$\ln Y = \alpha + \beta \text{ esco} + \gamma \text{ expe} + \delta \text{ expe}^2 + \varepsilon \text{ sexo} + \phi \text{ cate} + \gamma \text{ rama} + \eta \text{ zona} + \varphi \text{ regi} + \text{res}$$

donde:

Y = ingreso de la ocupación principal;
esco = número de años de escolaridad (de 0 a 16);
expe = experiencia (edad - escolaridad - 5);
expe² = experiencia al cuadrado;
sexo = sexo;

El resultado de la simulación fue una reducción de la incidencia de la pobreza, que pasó a 18,2% de los hogares (21% de las personas), mientras que la pobreza extrema se redujo a 3,4% y 3,6% respectivamente. Por su parte, el coeficiente de Gini se redujo a 0,388.

Más allá de las limitaciones de cualquier simulación de estática comparativa que se realice para el caso de la educación (dadas las múltiples variables que influyen en la determinación final de la ocupación y la remuneración por nivel educativo desde una perspectiva dinámica), lo significativo de la reducción lograda en la pobreza refleja la prioridad de actuar en el mejoramiento del nivel educativo de la población.

4.3. Subutilización de la mano de obra

En esta sección se investiga en que medida la subutilización de la fuerza de trabajo es un determinante importante del grado de pobreza, y la medida en que reducciones en el desempleo y el subempleo visible, así como aumentos en la participación de la mujer en el mercado de trabajo pueden reducir ese grado de pobreza.

La población activa (población de 12 años y más ocupada o buscando empleo) fue clasificada en cuatro grupos, según su sexo y nivel educativo o calificación laboral (con 0-8 años de educación formal y con 9 años o más, o sea, con tercer ciclo incompleto o menos, o con tercer ciclo completo o más).

En 1999 el 62% de la población de referencia (activos) se ubicaba en el grupo no calificado y el 38% en el calificado. En ese mismo año, dos de cada tres personas en la fuerza de trabajo fueron hombres; no obstante, hay una diferencia en la calificación por sexo, pues mientras en el caso de las mujeres prácticamente la mitad de las activas eran calificadas, en el caso de los hombres lo eran dos de cada tres activos.

En ese año, al igual que en los anteriores, la tasa neta de participación (activos respecto a la población en edad de trabajar) fue mayor para los hombres que para las mujeres, y para las personas con calificación respecto a las no calificadas (cuadro 15). Sin embargo, debe resaltarse el aumento en la participación de las mujeres a lo largo de la década, pues su tasa específica aumentó de 30,3% en 1990, a 35,5% en 1999.

cate = categoría ocupacional (asalariado, cuenta propia, patrono, servicio doméstico, trabajador no remunerado);
rama = rama de actividad (las 10 ramas);
zona = zona urbana/rural;
regi = región (región central y el resto de las regiones);
res = residuo.

Cuadro 15
Costa Rica: Tasa de participación de la población de 12 años y más, tasa de desempleo abierto y tasa de subempleo visible según sexo y calificación, 1999.

	total	Hombres			mujeres		
		total	no cal. ^{1/}	calif. ^{2/}	total	no cal. ^{1/}	calif. ^{2/}
Tasa neta de participación^{3/}	54,8	75,1	72,3	81,1	35,5	27,9	51,2
Tasa de desempleo abierto	6,0	4,9	5,8	3,1	8,2	10,3	5,9
Subempleo visible ocupados							
% ocupados con subempleo	12,8	12,4	15,0	7,5	13,6	17,5	9,5
tasa equiv. desempleo abierto	4,8	3,9	4,6	2,3	6,6	8,7	4,3

1/ No calificados con tercer ciclo incompleto o menos (0-8 años de educación formal).

2/ Calificados con tercer ciclo completo o más (9 o más años de educación formal).

3/ Población activa respecto a la población en edad de trabajar (12 años o más).

Fuente: elaboración propia utilizando la Encuesta de Hogares de 1999.

Por su parte, la tasa de desempleo abierto, aunque relativamente baja para la globalidad de la fuerza de trabajo, es también mayor para las mujeres y para los trabajadores menos calificados (cuadro 15).

En el caso del subempleo visible, o sea, las personas que laboran menos de 47 horas a la semana pero desean laborar esa jornada, afecta a un 12,8% de los ocupados. En términos del porcentaje de ocupados afectados la diferencia entre hombres y mujeres no es tan grande, aunque sí entre calificados y no calificados, pues es bastante mayor para estos últimos. Sin embargo, cuando se convierte el faltante de horas en puestos plenos equivalentes, el problema es más grave para las mujeres que para los hombres.

A continuación se aproxima el impacto en la pobreza de acciones que tiendan a reducir la subutilización de la mano de obra. En el caso del desempleo abierto y la tasa de participación se realizan microsimulaciones de los cambios en la pobreza y la distribución del ingreso que resultarían de ocupar a los desocupados no calificados o de aumentar la participación de las mujeres no calificadas pobres en el mercado de trabajo.

Las microsimulaciones siguen la metodología propuesta por Barros (1999), que utiliza las encuestas de hogares como instrumento de simulación. En términos generales, la metodología cambia la condición de actividad de las personas de manera aleatoria, incorporándolas al mercado de trabajo u ocupándolas según sea el caso, pero dejando invariables las grandes relaciones dentro de ese mercado de trabajo (ocupación por sectores de actividad económica, tasas de desempleo, etc.).

En el caso de la tasa de participación, las mujeres

inactivas (en edad de trabajar) no calificadas pobres fueron incorporadas al mercado de trabajo, aumentando su tasa específica de participación de 20,9% en 1999, a 25%, 30% y a 35%. Aquellas que una vez incorporadas al mercado de trabajo resultaron ocupadas, recibieron el salario mínimo.

Desde el punto de vista de los empleos, aumentar la participación de esas mujeres implica generar exclusivamente para ellas unos 20.000, 30.000 y 40.000 puestos de trabajo respectivamente, adicionales a los 31.000 puestos que anualmente se generaron como promedio en la década de los años noventa para trabajadores de ambos sexos y calificaciones, y que permitieron mantener el desempleo abierto relativamente bajo. Cualquiera de las metas parece alcanzable en un plazo razonable, lógicamente diseñando los programas adecuados para ello.

Los resultados confirman que mayores tasas de participación de estas mujeres se traducirían en menores niveles de pobreza y menor desigualdad. Como se refleja en el cuadro 16, aumentar la tasa específica de participación a 25% reduciría la incidencia de la pobreza en las personas en 1 punto porcentual, aumentarla al 30% en 2,3 puntos porcentuales, y al 35%, en 3,4 puntos porcentuales. Sin embargo, la reducción en la pobreza no es tan grande como se hubiera esperado, resultado de que se incorporaron al mercado de trabajo solamente mujeres no calificadas, las cuales recibieron el salario mínimos si resultaban ocupadas. Entonces, para ampliar el impacto de programas de este tipo, deben tomarse en cuenta dos aspectos. En primer lugar, que en el corto plazo deben definirse prioridades de incorporación al mercado de trabajo, incorporando

primero a las mujeres jefes (no calificadas) de hogares de inactivos, que como se ha visto, aportan una parte importante de los pobres del país. Lógicamente, esto implica tomar en cuenta también el aspecto del cuidado de los niños mientras las mujeres trabajan. El segundo aspecto tiene que ver con aumentar el impacto sobre la pobreza a largo plazo, mediante la capacitación de estas mujeres, para que logren una mejor inserción en el mercado de trabajo (en término de mayores ingresos).

En el caso de la tasa de desempleo abierto, las personas no calificadas desocupadas (pobres y no pobres) de cada sexo fueron aleatoriamente ocupadas en los diferentes sectores, bajando la tasa específica al 5%, lo que significa generar 18.000 nuevos puestos de trabajo (13.000 para mujeres no calificadas y 5.000 para hombres no calificados), adicionales a los normalmente generados. El impacto sería una disminución de 0,7 puntos porcentuales en la incidencia de la pobreza en las personas, para llegar a 23% (cuadro 16). La desigualdad en la distribución del ingreso no se vería afectada, aunque si lo fuera sería hacia una mayor igualdad.

Al igual que con el aumento en la participación de las

mujeres no calificadas, el impacto sobre la pobreza del aumento en el empleo de los desempleados no es muy elevado, aunque se puede ampliar, seleccionando en primer lugar a los desempleados pobres, especialmente los jefes, pues la incidencia de la pobreza es mayor para ellos.

Ahora bien, en el caso del subempleo visible la simulación se realizó de manera diferente, asignando a cada subempleado el ingreso correspondiente a completar la jornada laboral deseada, suponiendo que el ingreso que percibe por las horas adicionales es el mismo que percibe por las horas ya laboradas. Reducir totalmente el subempleo visible requiere generar 66.000 nuevos puestos de trabajo (adicionales a los normalmente generados por año), 50.000 de los cuales serían para personal no calificado (29.000 para hombres y 21.000 para mujeres). El resultado de esta simulación es una reducción en la incidencia de la pobreza de 3,5 puntos porcentuales, y una importante reducción en la desigualdad (cuadro 16).

Cuadro 16
Costa Rica: Resultado de las simulaciones de aumento en la tasa de participación^{1/}, reducción de la tasa de desempleo abierto^{2/} y eliminación del subempleo visible.^{3/}

	% pobreza (personas)	Coef. Gini ^{4/}
Situación sin simulación (1999)	23,7	0,400
Aumento en participación de las mujeres^{1/}		
simulación 25% mujeres no calificadas pobres	22,7	0,398
simulación 30% mujeres no calificadas pobres	21,4	0,395
simulación 35% mujeres no calificadas pobres	20,3	0,391
Reducción desempleo abierto no calificados^{2/}	23,0	0,399
Eliminación subempleo visible (todos)^{3/}	20,2	0,385

1/ La tasa neta de participación de las mujeres no calificadas pobres se aumentó a 25%, 30% y 35%.

2/ Se bajó a 5% la tasa de desempleo abierto de los trabajadores no calificados de ambos sexos.

3/ Se eliminó el subempleo visible de todos los ocupados que los mostraban.

4/ Coeficiente de Gini de la distribución del ingreso familiar total según deciles de ingreso per cápita.

Fuente: estimación propia utilizando la Encuesta de Hogares de 1999.

4.4. Calidad del empleo

En esta sección se analiza la calidad del empleo en términos del subempleo invisible y el segmento del mercado de trabajo en que se insertan los ocupados (agropecuario, formal o informal).

En el cuadro 17 se muestra el subempleo invisible y la estructura de ocupación para los mismos cuatro grupos definidos previamente. Así, el subempleo invisible afecta más a los trabajadores no calificados, hombres y mujeres. Las tasas de incidencia de este

fenómeno en los ocupados son altas, pero no sucede lo mismo con las tasas de desempleo equivalente, reflejando que la profundidad del subempleo no es amplia.

Por su parte, la estructura de ocupación refleja que los trabajadores calificados se ocupan principalmente en el sector formal (hombres y mujeres), mientras que los no calificados lo hacen en el sector informal (especialmente las mujeres) y en el agropecuario (principalmente los hombres).

Cuadro 17
Costa Rica: Tasa de subempleo invisible y segmento de ocupación según sexo y calificación, 1999.

	total	hombres			mujeres		
		total	no cal. ^{1/}	calif. ^{2/}	total	no cal. ^{1/}	calif. ^{2/}
Subempleo invisible ocupados							
% ocupados con subempleo	11,0	12,5	16,5	4,8	8,0	11,1	4,7
tasa equiv. desempleo abierto	3,0	3,5	4,6	1,4	2,1	2,8	1,3
Segmento de ocupación^{3/}							
Total	100,0	67,7	44,7	23,0	32,3	16,6	15,7
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Formal	46,4	44,5	30,7	71,2	50,4	27,3	74,9
Informal	33,9	28,6	32,6	20,9	44,9	65,1	23,4
Agropecuario	19,7	26,9	36,7	7,9	4,7	7,6	1,7

1/ No calificados con 0-8 años de educación formal.

2/ Calificados con 9 o más años de educación formal.

3/ El agropecuario incluye las actividades urbanas y rurales. El informal incluye a los trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales): patronos y asalariados privados en establecimientos de 5 empleados o menos; trabajadores por cuenta propia; el servicio doméstico y los trabajadores no remunerados; en todos los casos excluyendo a aquellos con educación superior. El formal a todos los demás trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales).

Fuente: elaboración propia utilizando la Encuesta de Hogares de 1999.

La simulación realizada en el caso del subempleo invisible consistió en asignar el salario mínimo mínimo a todos los subempleados, de manera que se eliminara totalmente el fenómeno. El resultado en términos de pobreza fue una reducción de la incidencia a 21,2% de la población, con una ligera reducción en la desigualdad de la distribución del ingreso (0,390).

Entre las diferencias más evidentes entre los sectores formal e informal, se encuentra el nivel de ingreso laboral; a modo de ejemplo: ordenando los ocupados no calificados por nivel de ingreso laboral mensual, el límite superior del percentil 20 fue, en 1999, ¢60.000 mensuales para los hombres ocupados en el sector formal, respecto a ¢32.000 de los ocupados en el informal; en el caso de las mujeres no calificadas los valores fueron ¢50.000 y ¢10.000 respectivamente. Para conocer el impacto de una mayor formalidad entre los trabajadores informales no calificados pobres, se realizó una simulación que consistió en

aumentar en un 50% sus ingresos laborales, aumento que, por lo arriba indicado, no equipara sus niveles de ingreso relativos respecto a los trabajadores formales, pues siguen siendo bastante menores.

El resultado en este caso fue una reducción de la incidencia de la pobreza entre las personas a 20,4%, o sea, más de 3 puntos porcentuales. El coeficiente de Gini, por su parte, muestra una pequeña reducción.

4.5. Las disparidades entre las zonas rural y urbana

Según la encuesta de hogares de 1999 un 46,2% de la población costarricense residía en zona urbana y el 53,8% pobres (cuadro 5), o sea, que la incidencia de la pobreza es mucho mayor en ella (en el mismo año se encontraban en situación de pobreza un 26,3% de las personas residentes en zona rural, respecto a un 20,6% de las personas urbanas).

Desde la perspectiva de una estrategia de reducción de la pobreza, la situación anterior implica una acción mayor en zona rural. Adicionalmente, se trata en esta sección de determinar que tan similares o disímiles son los factores que explican la pobreza en cada zona, y si se hace necesario formular elementos de reducción de la pobreza diferentes para cada una de ellas.

Como lo reflejan los perfiles de pobreza para cada una de las zonas incluidos en el anexo 2, no todas las características de los hogares pobres y sus miembros muestran grandes diferencias entre zonas. Entre las que difieren significativamente conviene destacar para la zona rural el menor nivel educativo promedio de los pobres (jefes y no jefes), la mayor relación de dependencia económica en los hogares, un menor porcentaje de mujeres jefas de hogar y una mayor ocupación en labores agropecuarias. Si bien es cierto en esa zona la tasa de desempleo abierto es menor que en la urbana, las tasas de incidencia de los subempleos y de los subempleos equivalentes son mayores.

El ingreso familiar per cápita en zona urbana fue de ¢

29.777 por mes en 1999, respecto a ¢ 17.149 de zona rural, o sea, que este último es más de un 40% inferior al urbano. Comparando el ingreso per cápita de 1999 respecto al de 1990, el rural muestra un mayor aumento, de 33,8%, respecto a 29,2% del urbano.

Este aumento en el ingreso per cápita por zonas está relacionado con la reducción de la incidencia de la pobreza, que pasó del 27,1% al 20,6% de la población en zona urbana y del 33,5% al 26,3% en zona rural.

Descomponiendo el cambio en el ingreso per cápita con la metodología previamente utilizada, a pesar del mayor aumento en el ingreso per cápita rural, debido tanto a un mayor incremento en los ingresos laborales promedio por ocupado como en los no laborales per cápita, la reducción en la pobreza fue relativamente mayor, resultado en buena medida determinado porque la relación de dependencia se redujo mucho menos en zona rural (cuadro 18).

Cuadro 18
Costa Rica: Descomposición de la variación en el ingreso familiar per cápita, según zonas.^{1/} 1999/90.

	Todas las familias	urbanas	rurales
Cambio en el ingreso familiar per cápita (%)	31,5	29,2	33,8
descomposición del cambio (%)	100,0	100,0	100,0
efecto renta primaria por ocupado	65,0	52,4	74,8
efecto participación y empleo	19,7	29,9	9,2
tasa ocupación población en edad de trabajar	5,8	17,7	-4,2
inverso tasa neta de participación	-11,7	-24,6	-1,3
inverso relación de dependencia económica	43,8	67,6	23,9
tasa bruta de inactividad	-18,2	-30,8	-9,2
efecto ingresos no laborales per cápita	16,5	15,6	17,3
efecto residual	-1,2	2,1	-1,2
Cambios porcentuales en:			
ingresos laborales por ocupado (YL/oc)	21,1	15,6	26,0
tasa ocupación población edad trabajar (oc/pet)	1,6	4,8	-1,2
tasa neta de participación (ac/pet) ^{2/}	3,1	6,4	0,4
relación dependencia económica (dep/ac) ^{2/}	-11,8	-17,4	-6,6
tasa bruta de inactividad (dep/n)	-4,7	-7,4	-2,5
ingresos laborales per cápita (YL/n)	28,9	27,8	29,6
ingresos no laborales per cápita (YNL/n)	57,8	40,1	102,1

1/ Se excluyen las familias con ingreso cero o ignorado.

2/ Nótese que se refiere al inverso de los términos utilizados en la estimación.

Fuente: estimación propia utilizando las Encuestas de Hogares de 1990 y 1999.

Desde la perspectiva de una estrategia de reducción de la pobreza, los resultados obtenidos muestran que además de afectar los determinantes de un menor nivel de ingreso en zona rural relacionados con el mercado de trabajo y con los fluctuantes precios de los principales productos agropecuarios, es necesario afectar los aspectos relativos a la elevada relación de dependencia.

5. Aportes para una estrategia de reducción de la pobreza

En Costa Rica, la reducción de la pobreza a niveles significativamente menores que los actuales es una meta posible de alcanzar en un plazo de tiempo relativamente corto, de 5 a 10 años. El crecimiento económico es una condición necesaria para avanzar en el logro de esa meta, pero no suficiente, dados el nivel y tipo de crecimiento prevaleciente en los últimos años de la década de los noventa. Mantener el nivel de crecimiento promedio de esa década no garantiza que para el año 2010 se encuentren bajo la línea de pobreza menos de un 15% de las personas (13% de los hogares). Además, el tipo de crecimiento económico de los últimos años ha sido desigual entre ramas económicas, e inclusive, al interior de las ramas; pero también ha sido desigual en un sentido distributivo, pues ha aumentado la desigualdad en la distribución del ingreso, y consecuentemente, al beneficiarse menos los pobres del crecimiento económico, la reducción en la incidencia de la pobreza ha sido también menor respecto a los primeros años de la década.

El manejo de la política económica debe garantizar niveles de crecimiento superiores, en promedio, a los de la década anterior, pero también debe preocuparse por un crecimiento más balanceado de la economía, con una mayor generación de empleos, especialmente formales y de calidad. Los aumentos en la producción deben además corresponder con aumentos en los ingresos laborales por ocupado, pues estos últimos son los que han jugado el papel prioritario en la reducción de la pobreza en la década de los noventa.

La política social, por su parte, debe fortalecerse para que recupere su papel preponderante en el desarrollo, garantizando además su impacto en la reducción de la pobreza en plazos de tiempo relativamente cortos.

En este estudio se presentan algunos aportes para la definición de una estrategia de reducción de pobreza para los próximos años desde la perspectiva social. A partir de la identificación y estudio de los principales determinantes de la pobreza, se realizaron algunas

propuestas de la forma como se debería actuar sobre ellos, y se trató de identificar el posible impacto de las intervenciones. Se realizaron en este último caso algunos ejercicios de estática comparativa, que si bien es cierto presentan algunas limitaciones, constituyen un valioso aporte para su utilización en la formulación de la política social.

El estudio no pretendió ser exhaustivo en el análisis de las opciones de intervención, aunque sí parecen haberse incluido las principales; y se limitó al plano estratégico, sin entrar en el nivel programático.

A continuación se presentan los elementos más importantes que deben ser considerados en una estrategia de reducción de la pobreza, sin orden de prioridad, pues aunque los impactos sobre la pobreza de cada uno de ellos son de diferente magnitud, también requieren de esfuerzos y plazos diferentes para su logro, lo cual dificulta establecer ese orden.

i) Dar prioridad a la atención de los niños en situación de pobreza: los niños son los principales afectados por la pobreza: prácticamente 1 de cada 3 niños con edades entre 0 y 12 años se encontraba en situación de pobreza en 1999, y los niños pobres en ese rango de edad constituían en ese mismo año el 40% del total de pobres.

La prioridad en la atención de estos niños debe darse por la vía de los programas universales a los que tienen acceso, pero también mediante programas específicos para niños en situaciones también específicas. En el primer caso se consideran principalmente los programas de educación y salud, pero también los programas de apoyo relacionados a ellos, como comedores escolares, útiles escolares, etc. En el segundo caso, se consideran programas específicos para niños pobres que no puedan acceder a la escuela o a los servicios regulares de salud, o que se encuentren en situaciones de riesgo (niños de la calle, etc.).

ii) Reducir el número niños en los hogares pobres: las elevadas tasas de dependencia económica son uno de los principales determinantes de la pobreza. Mayores tasas de dependencia se originan tanto por un mayor número de niños por hogar, como por un mayor número de mayores inactivos.

Reducir la tasa de dependencia implica entonces acciones en dos sentidos: disminuir el número de niños en los hogares y aumentar la participación de los mayores de edad inactivos, aspecto este último que será tratado más adelante. Una simulación realizada en este estudio consistió en reducir en 1 el

número de niños en los hogares pobres, dando como resultado una reducción en la incidencia de la pobreza al 16,1% de las personas (15,9% de los hogares).

Si bien es cierto la relación de dependencia ha venido disminuyendo en los últimos años (convirtiéndose en el segundo factor en importancia en la explicación del aumento del ingreso per cápita en los noventa, luego del aumento en los ingresos laborales), es necesario garantizar la continuidad de esa tendencia, especialmente en zona rural. Para ello se requiere mantener y profundizar los programas de planificación familiar, e inclusive, formular una política nacional de población.

iii) Aumentar la participación de las mujeres en el mercado de trabajo: parte importante de la reducción de la pobreza durante la década de los noventa se explica por el aumento en la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo (su tasa específica aumentó de 30,3% en 1990, a 35,5% en 1999). Reducciones adicionales de la pobreza se lograrían aumentando aún más la participación de las mujeres, especialmente las pobres (no calificadas y rurales). Las simulaciones realizadas en este caso reflejan que si se aumentara la tasa de participación de las mujeres no calificadas del 20,9% al 30% (o sea, unas 30.000 mujeres), la incidencia de la pobreza en las personas se reduciría en 2,3 puntos porcentuales.

El impacto de programas de este tipo se puede ampliar tomando en cuenta dos aspectos. En primer lugar, que en el corto plazo deben definirse prioridades de incorporación al mercado de trabajo, incorporando primero a las mujeres jefes (no calificadas) de hogares de inactivos, que como se ha visto, aportan una parte importante de los pobres del país. Lógicamente, esto implica tomar en cuenta también el aspecto del cuidado de los niños mientras las mujeres trabajan. El segundo aspecto tiene que ver con aumentar el impacto sobre la pobreza a largo plazo, mediante la capacitación de estas mujeres, para que logren una mejor inserción en el mercado de trabajo (en término de mayores ingresos).

Un programa de empleo temporal, con una adecuada selección de las mujeres beneficiarias y que incorpore elementos de capacitación, apoyo productivos, etc., así como soluciones al problema del cuidado de los niños, tendría un importante impacto sobre la pobreza.

iv) Aumentar el nivel educativo de los futuros ocupados: luego de importantes avances en materia

educativa desde mediados de siglo, las dos últimas décadas muestran un fuerte estancamiento en los principales indicadores del sector. Si bien es cierto a partir de mediados de los noventa se comenzaron a ejecutar importantes acciones dirigidas a mejorar la calidad, cobertura, eficiencia y equidad del sistema educativo, aún falta mucho camino por recorrer. Desde la perspectiva de la reducción de la pobreza, los logros en esta materia darán sus frutos en el mediano plazo, motivo por el cual, el mayor esfuerzo se debe realizar en el presente.

Es necesario aumentar la permanencia en la escuela de los niños y jóvenes que actualmente asisten, especialmente los provenientes de hogares pobres, que son los más afectados por el rezago y el abandono escolar. Desde la perspectiva del presente, uno de los principales retos sigue siendo retener a los jóvenes en la escuela al menos hasta que culminen su noveno grado (educación básica completa), lo cual implica ejecutar programas concretos, especialmente diseñados para los estudiantes pobres. Aumentar el nivel educativo de los ocupados más jóvenes hasta el noveno grado reduciría la incidencia de la pobreza en varios puntos porcentuales.

Para las personas que ya están ocupadas, y fuera del sistema educativo formal, cabe la opción de incorporarlas en programas alternativos del parasistema educativo, o de capacitarlos para el trabajo.

Vale resaltar que la reforma constitucional que garantiza el 6% del PIB para la educación supone los recursos suficientes para lograr cualquier objetivo o meta sectorial que se proponga, toda vez que los mismos no sean ineficientemente utilizados (como por ejemplo, en aumentos salariales que no tienen como contrapartida mejoras en la calidad de la educación).

v) Aumentar el ingreso de los ocupados informales: el sector informal absorbe a buena parte de los pobres del país. Durante la década de los años noventa no se dio en Costa Rica un fuerte aumento de la informalidad, a diferencia de lo sucedido en otros países de la región, debido a que el proceso económico en marcha generó los suficientes empleos formales para evitarlo. Lo deseable del desempeño macroeconómico para la próxima década es que se reduzca el sector informal, o en el peor de los casos, que se repita una situación como la que se dio durante los noventa.

La política social, que incluye las políticas de empleo, debe necesariamente actuar mejorando el nivel de

ingreso de los actualmente ocupados en el sector informal, ya sea mediante su formalización, como ejecutando programas para aumentar su capital educativo y físico.

vi) Aumentar los ingresos agropecuarios: el sector agropecuario es un "bolsón" de pobreza, o sea, que buena parte de los ocupados en él y sus familias son pobres o pueden convertirse en pobres ante cualquier cambio en la coyuntura económica. Los ingresos agropecuarios no siempre dependen del mercado de trabajo, políticas de empleo o fijaciones de salarios mínimos, sino que se ven afectados por aspectos climatológicos, variaciones en los precios internacionales, en los aranceles y cuotas, y otros. La política económica y la social deben buscar los mecanismos necesarios para garantizar a los productores agropecuarios (especialmente los más pequeños, afectados por la pobreza), la obtención de ingresos suficientes para mejorar su situación de manera sostenida en el largo plazo.

Evaluar las experiencias pasadas en lo referente a fondos de estabilización, dotación de tierra y programas sociales para pequeños y medianos productores, y utilizar las lecciones aprendidas para formular nuevos programas o reformular programas existentes, parecen ser la clave para avanzar en soluciones permanentes a la pobreza y vulnerabilidad en este sector.

vii) Reducir el desempleo y los subempleos: las tasas de desempleo abierto y de subempleos visible e invisible son mayores entre los pobres, y generalmente están relacionadas con una menor calificación de las personas. La generación de los empleos necesarios lograr reducciones en estos casos depende de los resultados de la política económica, pero la política social debe actuar aumentando la calificación de los desempleados o subempleados, así como garantizando el pago de los salarios mínimos y las condiciones laborales de los ocupados.

viii) Transferencias monetarias a los indigentes: si bien es cierto las transferencias monetarias no constituyen una solución permanente al problema de la pobreza (pues la reducción en la misma se da mientras exista la transferencia, y cuando la transferencia desaparece, el problema aflora nuevamente), el carácter de protección social de los programas de este tipo justifican su ejecución para ayudar a las familias en peores condiciones de pobreza.^{27/} En el país, el Fondo de Desarrollo Social

y Asignaciones Familiares (FODESAF) posee recursos suficientes para atender a toda la población en indigencia, aliviándoles su situación, aunque no sacándolas completamente de la pobreza. La ejecución de un programa de este tipo, con una adecuada focalización, es un elemento importante de una estrategia de pobreza.

Dos aspectos deben tomarse en cuenta. En primer lugar, que el carácter de protección social se logra poniendo el énfasis de la atención en aquellos pobres extremos que no pueden generar sus propios ingresos (ancianos, discapacitados, etc.), o que por razones coyunturales perdieron su empleo. El fortalecimiento del Régimen no Contributivo de Pensiones, garantizando una adecuada focalización, permitiría alcanzar el objetivo propuesto. En segundo lugar, que para garantizar un impacto más sostenible intervenciones de este tipo, en el tanto sea posible, se podría condicionar la transferencia a la participación de los beneficiarios en algunos programas de promoción social, como por ejemplo: enviar a los niños a la escuela, asistir a cursos de capacitación, etc.

^{27/} Soluciones permanentes a la pobreza vista como insuficiencia de ingresos se enfocan a mejorar la

inserción de los pobres en el mercado de trabajo y su productividad (inversión en capital humano y físico), la generación de empleos de calidad, así como otras políticas y programas que garanticen a los pobres mejorías en sus ingresos laborales.

Referencias bibliográficas

Barros, Ricardo Paes de (1999). **Evaluando el impacto de cambios en la estructura salarial y de empleo sobre la distribución de la renta.** Elaborado para el proyecto "Balance of payments liberalization: effects on employment, distribution, poverty and growth" (UNDP, IDB, ECLAC). Mimeo.

BID (1994). **A la búsqueda del siglo XXI: nuevos caminos de desarrollo en Costa Rica.** Washington: Banco Interamericano de Desarrollo. Grupo de la Agenda Social. Informe de la Misión Piloto del Programa de Reforma Social.

CEPAL (2000). **La brecha de equidad: una segunda evaluación.** Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Documento LC/G. 2096.

Ferreira, Francisco H. G. (1999). **Inequality and economic performance: a brief overview to theories of growth and distribution.** Washington: World Bank.

Ganuzza, Enrique; Arturo León y Pablo Sauma - compiladores- (1999). **Gasto público en servicios sociales básicos en América Latina y el Caribe: análisis desde la perspectiva de la Iniciativa 20/20.** Santiago: Comisión Económica para América Latina (CEPAL), PNUD y UNICEF, LC/R 1933.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (varios años). **Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples. Módulo de empleo.** San José: Instituto Nacional de Estadística y Censos (anteriormente Dirección General de Estadística y Censos).

Sauma, Pablo y Leonardo Garnier (1998). **Efecto de las políticas macroeconómicas y sociales sobre la pobreza en Costa Rica.** En: Ganuzza, Enrique; Lance Taylor y Samuel Morley. Políticas macroeconómicas y pobreza en América Latina y el Caribe. Madrid: Mundi-Prensa Libros S.A. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, CEPAL y Banco Interamericano de Desarrollo.

Sauma, Pablo y Juan Diego Trejos (1999). **Evolución de la pobreza en Costa Rica: una revisión de las estimaciones 1980-1998.** En proceso de publicación.

Sauma, Pablo y Juan Rafael Vargas (2000). **Liberalización de la balanza de pagos en Costa Rica: efectos en el mercado de trabajo, la desigualdad y la pobreza.** San José: informe final para el proyecto "Liberalización de la balanza de pagos en América Latina y el Caribe: efectos en el empleo, la distribución y la pobreza", promovido por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En proceso de publicación.

Trejos, Juan Diego (1999). **Reformas económicas y distribución del ingreso en Costa Rica.** Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Serie Reformas Económicas No. 37.

Vos, Rob (2000). **Ecuador 1999: crisis económica y protección social.** Quito: Frente Social, Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador (SIISE). Estudios e Informes del SIISE No. 1.

Anexo 1:

Costa Rica: líneas de pobreza nacionales^{1/} a julio de cada año, 1990-1999.
-colones por persona por mes-

	pobreza extrema		pobreza total	
	urbana	rural	urbana	rural
1990	2.182	1.610	4.757	3.173
1991	2.780	2.069	6.061	4.076
1992	3.394	2.538	7.398	5.000
1993	3.731	2.807	8.133	5.530
1994	4.297	3.197	9.368	6.297
1995	5.151	3.857	11.229	7.599
1996	5.919	4.389	12.904	8.646
1997	6.876	5.163	14.991	10.171
1998	8.090	6.144	17.637	12.103
1999	8.655	6.545	18.868	12.893

^{1/} Ver nota metodológica a continuación.

FUENTE: Estimación propia con información del Instituto Nacional de Estadística y Censos.

Nota metodológica:

Las líneas de pobreza son estimadas a partir de la Canasta Básica Alimentaria (CBA) definida en 1995 por la Dirección General de Estadística y Censos (DGEC, actualmente Instituto Nacional de Estadística y Censos -INEC-) y el Departamento de Nutrición del Ministerio de Salud,^{28/} a partir de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de 1987-88 realizada por la misma Dirección. La CBA está constituida por 45 alimentos: 44 alimentos la CBA urbana y 37 la CBA rural.

Un análisis a cargo de la DGEC demostró que al haber obtenido la CBA a partir de una encuesta de ingresos (ENIGH) que estima mejor los ingresos familiares que las encuestas de hogares, su aplicación directamente a los ingresos de las encuestas de hogares distorsionaría la medición de la pobreza en la medida de la subestimación de los ingresos, por lo cual consideró conveniente realizar una corrección por subestimación. Según la CEPAL, a partir de un estudio minucioso de las fuentes de información y que buscaba corregir los distintos problemas vinculados con la medición de los ingresos,^{29/} la encuesta de hogares de julio de 1988 mostraba una subestimación media del 25% respecto a la ENIGH, con diferencias regionales de 17,4% para la zona urbana y del 35,8% para la zona rural. Entonces, las líneas de indigencia o pobreza extrema (Li) se obtienen a partir del costo de la CBA (por persona) de la siguiente manera:

$$\begin{aligned} \text{Línea de indigencia urbana (Liu)} &= \text{Costo CBA urbana} * (1 / 1,174) \\ \text{Línea de indigencia rural (Lir)} &= \text{Costo CBA rural} * (1 / 1,358) \end{aligned}$$

Adicionalmente, la ENIGH arrojó que para las familias de referencia los gastos en satisfacción de necesidades básicas no alimentarias representaban un 118% del gasto en alimentos en zona urbana y un 97% en la rural. Entonces, las líneas de pobreza total (Lp), arriba mostradas, se obtienen a partir de las líneas de indigencia o pobreza extrema de la siguiente manera:

$$\begin{aligned} \text{Línea de pobreza urbana (Lpu)} &= \text{Liu} * 2,18 \\ \text{Línea de pobreza rural (Lpr)} &= \text{Lir} * 1,97 \end{aligned}$$

^{28/} DGEC y Ministerio de Salud (1995). *Canasta Básica de Alimentos*. San José: Dirección General de Estadística y Censos y Ministerio de Salud, Departamento de Nutrición.

Esta CBA sustituye a la estimada en 1980 por el Instituto de Investigaciones en Salud de la Universidad de Costa Rica (INISA) a partir de la Encuesta de Nutrición, Evaluación Dietética de 1978.

^{29/} CEPAL (1989). *Cuentas de ingresos y gastos de los hogares de Brasil y Costa Rica (Metodología, resultados y comentarios generales)*. Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

Anexo 2:

Costa Rica: principales características de los hogares pobres y de sus miembros, por zonas y regiones. 1999.
-cifras absolutas y relativas-

Características	Total pobres	pobres zona		pobres región					
		urbana	rural	Central	Choro-tega	Pacífico Central	Brunca	Huetar Atlántica	Huetar Norte
Hogares/todos los miembros									
Relación rural/urbano									
hogares	1,6	n.a.	n.a.	0,8	3,0	1,0	5,3	2,4	6,8
personas	1,6	n.a.	n.a.	0,8	3,1	1,0	5,0	3,0	7,7
Tamaño promedio hogar (miembros)	4,7	4,7	4,6	4,6	4,7	4,6	4,7	4,7	4,9
jefeado por hombre	4,9	5,0	4,9	4,9	4,9	5,0	4,9	5,0	5,1
jefeado por mujer	4,1	4,3	4,0	4,2	4,1	3,8	4,0	4,2	4,4
Número miembros del hogar (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1 a 2	17,9	16,3	18,9	18,4	17,6	19,1	17,1	17,8	16,3
3 a 5	51,3	52,6	50,5	52,9	49,5	52,2	50,1	47,3	51,8
6 o más	30,8	31,0	30,6	28,7	33,0	28,8	32,9	34,9	32,0
Sexo de los miembros (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Hombres	46,9	45,3	47,9	45,0	48,0	47,9	48,4	49,4	49,4
Mujeres	53,1	54,7	52,1	55,0	52,0	52,1	51,6	50,6	50,6
Edad promedio miembros (años)	24,2	24,7	23,9	24,9	26,1	23,5	23,3	22,9	21,8
Edad de los miembros (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
0 a 2	7,7	7,4	7,9	6,9	6,8	9,2	8,6	9,1	8,6
3 a 6	12,4	11,5	12,9	11,8	12,1	12,5	12,5	14,0	13,6
7 a 12	19,7	18,1	20,7	20,1	17,0	18,2	21,1	19,3	20,2
13 a 18	13,4	15,1	12,3	13,3	14,3	14,3	12,8	13,6	12,9
19 a 25	7,6	8,6	7,0	7,3	7,9	7,7	7,4	7,9	9,4
26 a 35	12,9	12,5	13,2	13,2	12,0	13,5	13,3	12,0	12,9
36 a 60	18,3	19,0	17,8	19,0	20,0	17,6	17,1	16,6	16,9
más de 60	8,0	7,9	8,1	8,4	9,9	7,1	7,3	7,5	5,5
Educación promedio (años) ^{1/}	5,1	5,9	4,5	5,6	4,8	5,1	4,6	4,4	4,3
Relación dependencia económica ^{2/}	2,8	2,6	3,0	2,8	2,8	3,1	3,1	2,8	2,7

continúa

1/ De los miembros de 15 años y más.

2/ Se refiere a la relación entre el número de miembros dependientes respecto a los activos. El cálculo corresponde a la relación poblacional y no al promedio por hogar.

continuación anexo 2

Características	Total pobres	pobres zona		pobres región					
		urbana	rural	Central	Choro-tega	Pacífico Central	Brunca	Huetar Atlántica	Huetar Norte
Jefes de hogar									
% de jefes mujeres	33,0	43,3	26,4	38,5	28,5	31,8	25,7	32,2	22,4
hogares urbanos	43,3	43,3	n.a.	43,7	36,6	40,4	42,7	54,1	31,0
hogares rurales	26,4	n.a.	26,4	32,3	25,8	23,4	22,5	23,2	21,1
Edad promedio (años)	47,4	47,5	47,4	47,7	49,9	46,2	46,7	46,6	45,0
jefe hombre	46,3	45,7	46,7	46,5	49,3	45,2	45,8	46,3	42,8
jefe mujer	49,6	49,9	49,3	49,7	51,5	48,3	49,2	47,3	52,6
Educación promedio (años)	4,6	5,5	4,0	5,1	4,0	4,6	4,2	3,9	3,4
jefes hombres	4,8	6,1	4,1	5,5	3,9	5,0	4,4	3,9	3,7
jefes mujeres	4,2	4,7	3,7	4,5	4,2	3,8	3,6	4,1	2,4
Condición de actividad (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
activos	66,4	64,4	67,8	63,9	67,3	70,8	67,4	67,6	73,6
ocupados	63,7	61,2	65,3	61,2	65,4	67,8	65,6	62,6	70,4
desocupados	2,7	3,2	2,5	2,7	1,9	3,0	1,8	5,0	3,2
inactivos	33,6	35,6	32,3	36,1	32,7	29,2	32,5	32,4	26,5
Tasa de participación jefes	66,4	64,4	67,8	63,9	67,3	70,8	67,4	67,6	73,6
jefes hombres	80,2	81,2	79,8	79,3	77,5	84,3	80,2	80,1	85,7
jefes mujeres	38,4	42,4	34,2	39,2	41,5	41,8	30,4	41,2	31,2
Catego. ocupacional	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
ocupados (%)									
asalariado	59,2	61,5	57,9	60,7	53,7	59,5	60,8	58,6	55,6
cuenta propia	33,3	33,0	33,4	32,2	41,5	36,7	28,5	35,7	29,9
patrono	7,3	5,5	8,4	6,8	4,8	3,4	10,3	5,7	14,5
no remunerado	0,2	0,0	0,3	0,2	0,0	0,5	0,4	0,0	0,0
Sector institucional ocupados	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
(%)									
público	4,9	9,2	2,3	6,7	4,2	4,4	2,2	4,9	1,3
privado	95,1	90,8	97,7	93,3	95,8	95,6	97,8	95,1	98,7
Segmento ocupación ^{1/} (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
formal	19,0	35,2	9,3	26,9	9,4	25,5	9,4	14,2	7,0
informal	38,3	55,2	28,3	46,3	38,0	41,8	27,8	30,6	20,8
agropecuario	42,7	9,6	62,3	26,7	52,6	32,7	62,8	55,2	72,2

continúa

^{1/} El agropecuario incluye las actividades urbanas y rurales. El informal incluye a los trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales): patronos y asalariados privados en establecimientos de 5 empleados o menos; trabajadores por cuenta propia; el servicio doméstico y los trabajadores no remunerados; en todos los casos excluyendo a aquellos con educación superior. El formal a todos los demás trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales).

continuación anexo 2

Características	total pobres	pobres zona		pobres región					
		urbana	rural	Central	Choro-tega	Pacífico Central	Brunca	Huetar Atlántica	Huetar Norte
Miembros de 12 años y más									
Condición de actividad (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Activos	41,3	42,5	40,4	41,5	39,2	38,9	40,3	43,8	45,4
Ocupados	35,4	34,7	35,9	34,5	34,8	34,9	35,9	35,9	42,2
Desocupados	5,9	7,8	4,5	7,0	4,4	4,0	4,4	7,9	3,2
Inactivos	58,7	57,5	59,5	58,5	60,8	61,1	59,7	56,3	54,6
Tasa desempleo abierto activos	14,2	18,4	11,2	16,9	11,3	10,2	11,0	18,0	7,1
Ocupados c/subempleo visible (%)	28,1	24,9	30,3	24,7	39,2	28,2	30,6	27,7	26,4
Tasa equivalente sub. Visible	11,0	9,6	12,1	9,4	16,1	12,1	12,5	11,1	9,4
Ocupados c/subempl. invisible (%)	25,8	21,3	28,8	23,8	21,9	27,9	29,9	27,5	30,7
Tasa equivalente sub. Invisible	7,9	5,9	9,3	6,8	7,5	7,5	10,7	8,2	9,3
Educación promedio ocupados (años)	5,3	6,0	4,9	5,8	4,8	5,4	5,0	4,6	4,3
Educación ocupados (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
ninguna o prim. incomp. (0-5 años)	37,6	32,1	41,3	30,8	45,7	41,8	34,3	49,2	52,1
primaria completa (6 años)	42,9	37,3	46,7	42,6	41,7	33,0	54,6	36,8	40,2
tercer ciclo incompleto (7 u 8 años)	7,0	10,1	5,0	9,2	3,4	10,0	4,6	5,7	3,6
tercer ciclo completo (9 años)	4,5	7,3	2,6	6,1	3,4	5,3	2,5	3,1	1,5
cuarto ciclo a 2 univ. (10-13 años)	7,0	11,3	4,1	9,3	5,5	9,3	4,0	4,8	2,5
3 años univ. o más (14 y más años)	1,0	1,9	0,5	2,0	0,3	0,7	0,0	0,5	0,0
Categoría ocupacio. ocupados (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Asalariado	60,8	66,0	57,3	64,3	50,4	59,7	61,4	58,8	59,2
cuenta propia	27,8	27,5	27,9	27,2	35,8	34,9	23,6	28,4	19,5
Patrono	5,2	3,7	6,2	4,8	3,5	2,6	7,3	4,3	9,3
no remunerado	6,2	2,7	8,6	3,7	10,3	2,8	7,6	8,6	12,0
Sector institucional ocupados (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Público	3,6	6,4	1,8	4,7	3,1	3,5	2,4	3,4	1,1
Privado	96,4	93,6	98,2	95,3	96,9	96,5	97,6	96,6	98,9
Segmento ocupación ^{1/} (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Formal	17,8	33,2	7,6	25,9	7,9	20,7	9,5	12,7	6,7
Informal	43,0	58,1	32,9	52,0	41,5	49,9	27,8	35,2	27,4
Agropecuario	39,2	8,7	59,5	22,0	50,5	29,4	62,7	52,1	65,9

^{1/} El agropecuario incluye las actividades urbanas y rurales. El informal incluye a los trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales): patronos y asalariados privados en establecimientos de 5 empleados o menos; trabajadores por cuenta propia; el servicio doméstico y los trabajadores no remunerados; en todos los casos excluyendo a aquellos con educación superior. El formal a todos los demás trabajadores no agropecuarios (urbanos y rurales).

Fuente: Encuesta de Hogares 1999.